

*Cuentos para leer
en el jardín - III*



Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina

Cuentos para leer
en el jardín
III

**Antología internacional
de narrativa**

Textos Elegidos

**Ediciones Mis Escritos
Buenos Aires - Argentina
2017**

Cuentos para leer en el jardín / Alfonso, Graciela Marta
... [et al.] ; compilado por Cristina Beatriz Monte. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Mis Escritos, 2017.
Libro digital, Exebook

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4004-39-0

1. Cuentos. I. Alfonso, Graciela Marta
II. Monte, Cristina Beatriz, comp.
CDD A863

© Ediciones Mis Escritos
Todos los derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra, por cualquier medio o procedimiento, sin el con-
sentimiento explícito de Ediciones Mis Escritos y/o los
autores intervinientes.

Editado por Ediciones Mis Escritos
Agosto de 2017

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Graciela Marta Alfonso

Cdad Autónoma de Buenos Aires

Un Animal Celeste

Hecidée alargó su mano para sentir la lluvia, miles de gotas danzaban informes, en la curvatura de su pálida piel; pero solo una gota fue mutándose en una diáfana perla con destellos celestes.

Hecidée fascinada contempló la rápida metamorfosis, pronto surgiría de esa esfera inquieta un ser nuevo y desconocido, un pequeño animal celeste, hijo de la lluvia.

La gota hizo eclosión y una segunda lluvia celeste cubrió la mano de Hecidée, el pequeño animal era hexagonal, comenzó a caminar erguido sobre sus dos finas y delgadas patas, las otras dos a manera de

brazos, le sirvieron para despejar de sus párpados unas escamas triangulares y blancas que cayeron al menor toque.

Lo más bello del animal celeste eran sus ojos profundos y transparentes de dimensión exagerada.

Hecidée conmovida por el nacimiento del extraño ser, contempló como una lágrima quedó suspendida en la suave piel del pequeño animal.

De pronto, los ojos del animal celeste, se posaron en la mirada concentrada y firme de Hecidée, simbolizó el lenguaje más recóndito de lejanos siglos de creación; las palabras no eran necesarias para expresar toda su quieta sabiduría.

Hecidée percató que carecía de boca y de haberla tenido pensó, seguramente no poseería esa clara fuerza en la mirada.

El animal celeste siguió contemplando a Hecidée, sus finas patas se alargaron y sus cuatro dedos cobraron forma de laúd con siete esferas entre las cuerdas.

Era la música más bella y celestial que Hecidée escuchó sobre la tierra.

El animal al tocar observaba con melancolía a Hecidée, porque sabía que cuando la melodía cobrara gran intensidad, las esferas comenzarían a quebrarse.

La lluvia estaba cesando, sutiles y brillantes colores se mimetizaban en

el cielo; las siete esferas estallaron en un acorde inmenso y los cuatro dedos del animal celeste se desdibujaron, solo sus ojos continuaban impasibles observando la mirada angustiada e impotente de Hecidée.

El aguacero había finalizado y un rayo moribundo de sol penetró por el cuerpo hexagonal del animal celeste, acelerando aún

más su destrucción. El hijo de la lluvia debía perecer con ella.

Su mirada inquietante y sabia fue lo que más demoró en desvanecerse, hasta el último instante de su efímera vida la mantuvo intensamente sobre los ojos de Hecidéé, poblados de lágrimas, pero agradecidos de haber participado, en la comunicación espiritual y el mensaje infinito, que permanecerá esculpido con el ritmo de aquella melodía sagrada, fluyendo con las siete esferas de la creación, traspasando la naturaleza fantástica de lo eterno.

María Elvira Álvarez

Alejandro Korn (Buenos Aires) – Argentina

Suave y húmeda

El agua corría burbujeando sobre el fino cuerpo de alabastro, arrullándolo con su rumor fresco y acariciante.

Ella estaba erguida, con un cántaro apoyado sobre su hombro izquierdo, con una suave sonrisa, su mirada perdida en el horizonte y los pies firmemente adheridos al pedestal que la sostenía y retenía a la vez. Su cuerpo se apreciaba envuelto apenas por una túnica tenue que se apegaba a él, marcando sus formas perfectas.

La vi al pasar, ella no me vio, altiva y serena en medio del jardín, mostrando al transeúnte su figura clásica que recordaba los

remotos días de la antigua Grecia. Desde ese momento, cada vez que pasaba frente a la mansión que la cobijaba, mis ojos se posaban en la fina figura, alba y húmeda, recreándome en su inmóvil belleza.

Pero un día me sorprendió su ausencia, sólo quedaba de ella su base truncada. Me hubiera gustado tocar el timbre y preguntar qué había pasado con la fuente, pero no me atreví. Temí que a sus dueños les molestara mi injustificada intromisión.

Tiempo después, otra fuente reemplazó a la que había sido objeto de mis miradas. Un angelito orinando había tomado el lugar de la fina doncella. No pude soportarlo y, desde ese día, cambié mi recorrido habitual y nunca más pasé por frente a la casa, conservando, en cambio, en mi mente, el recuerdo del agua fresca resbalando por el cuerpo de la ninfa.

Alicia Angeli

Villa María (Córdoba) - Argentina

La nona

Pensó:

«Después de tantos años puedo descansar...».

Un leve suspiro se le escapó involuntariamente. Sentada en la mecedora, con la vista fija en el nogal, el sopor de la siesta la envolvió y sin darse cuenta empezó a escuchar sus pensamientos, que como pétalos se fueron abriendo.

«Cuando era niña, en casa de mis abuelos había una glicina. Si cierro los ojos puedo ver sus racimos color lavanda y recordar su perfume, dulce y empalagoso. Ese es el olor

de mi infancia. Todavía siento las manos de la abuela trenzando mis cabellos».

«Fue serena esa época..., menos mal,...porque lo que vendría después ni me lo imaginaba. Sí,...en aquellos tiempos, tener quince años ya te habilitaban para casarte, ¡Ja!...que distinto es vestir y desvestir muñecos, a criar los hijos, que fueron llegando, uno tras otro, sin pensarlo siquiera».

«El viejo, no quiero nombrarlo, llegó de improviso, casi no lo conocía,... apenas un beso robado en la mejilla, y luego, sin mucha ceremonia era su mujer.

«De la niñez pasé a ser adulta de la noche la mañana. Si,...en una noche, maldita noche, toda la bonanza se transformó en porquería,...sí,...en porquería. Ni la Virgencita escuchó mis ruegos ¡Qué sabía yo de matrimonio!, ¿eh? ¿Quién me explicó cómo

sería la famosa noche de bodas?,... nadie, si puede decirse que hasta mi madre me traicionó, me entregó a ese verdugo, esa bestia desafortunada. El miedo me paralizó, y a vergüenza, ¡sí!...no quiero ni pensar, ¡no! no quiero pensar. Como si rasgaran una sábana se partió mi vida en dos. Me estremecen los recuerdos,...siento frío y asco».

La nona recuerda, recuerda y calla, nadie sabe de sus pensamientos.

«¿Por qué será que hoy estoy tan acongojada? Se me vienen los recuerdos, parecen caballos desbocados, y..., bueno,... alguna vez hay que hacer balance».

«Los hijos me salieron trabajadores, y las nueras son buenas mujeres, más modernas, pero eso está bien, no como una, que no sabía nada, trabajaba y paría, sólo para eso servíamos. Ellas pudieron estudiar, opinan,...ya iba yo a decir lo que pensaba,

con la mirada me fulminaba el viejo. Menos mal que el diablo se lo llevó, y que no lo suelte. Ya hace como veinte años que se fue y por suerte del cementerio no se vuelve».

«Estoy tranquila, si bien bajé muchas veces la cabeza y me tragué las humillaciones, hoy puedo decir que no tenía otra salida. Las cosas eran así,... a más de una le pasó lo mismo».

Recorre el patio con la mirada.

«Está lindo el solcito de la siesta, tibio, acogedor, tengo sueño, mucho sueño,...voy a cerrar un ratito los ojos, siento como que me pican, como cuando se tiene el llanto atravesado en la garganta , pero..., para qué llorar el pasado. Lo hecho, hecho está. Hay vidas mejores, pero a mis hijos y a mis nietos nadie me los quita. Ellos fueron y son mi felicidad».

La encontraron con una leve sonrisa en

Alicia Angeli

Villa María (Córdoba) - Argentina

Allá en el sur

El olor a pan caliente perfora la mañana.
Silba la pava. El mate cocido, en tazas
esmaltadas, eleva humos espiralados, que
enrojecen las mejillas de la peonada en el
galpón.

Es tiempo de esquila.

Allá en el sur, en esa tierra de horizontes
lejanos, el aire corta a cuchillo las pieles
curtidas.

El balido del ganado es música celestial
para el patrón. Para el esquilador, sólo
monedas.

Con sus bombachas raídas, sus camisas a

cuadros y sus fajas enroscadas como lianas a la cintura, amarran las ovejas. Aprisionan sus miembros para inmovilizarlas. Así pueden desprender esa lana espesa que abultará los bolsillos de sus amos, que todavía se conducen como señores feudales.

Allá en el sur, las cifras tienen muchos ceros. Cada estancia tiene miles de hectáreas, miles de cabezas de ganado, la esquila deja miles de dólares.

Allá en el sur, los dueños se cuentan con los dedos de una mano.

Alicia Angeli

Villa María (Córdoba) – Argentina

Amor de porcelana

Todo comenzó cuando me invitaste a tomar un té.

«La Esperanza», ubicada en la esquina de Buenos Aires y General Paz, era la confitería de moda, por aquellos lejanos días, cuando Villa María, dejaba de ser un pequeño poblado y se transformaba en ciudad.

Nos atendió un mozo muy atildado, que nos sugirió uno rarísimo, no recuerdo si era tailandés o ceilandés. En ese momento nada importaba. Sólo contaba nuestra mirada, escarbando en el interior del otro, vislumbrando algún futuro, que en ese

instante fugaz y eterno nos ligaba en una ansiedad compartida.

Todo fue frágil, etéreo, casi traslúcido como el fondo de la taza, que al mirar nos permitió ver una figura de flor o estrella, hecha de granitos de arroz.

Yo, enamorada y supersticiosa, vi un buen augurio, ya que a los novios les arrojan arroz para que tengan felicidad, prosperidad, fertilidad...

Con la mirada prendida en la del otro, apenas nos rozamos los dedos y una electricidad nos recorrió el cuerpo. Vibramos al unísono. No escuchamos ni campanas, ni música de violines. El entorno no contaba en ese momento mágico.

«

El recuerdo de ese día, volvió como tantas veces, una tarde, mientras con una taza de té, entibiándome las manos, miraba sin ver,

detrás de los cristales moteados por la llovizna.

Mis ojos estaban empañados, ya no había fuego en ellos.

Ese instante perfecto, se fue resquebrajando. La rutina fue la protagonista del desgaste.

Ese día, sin previo aviso, ese cuenco donde depositamos todos nuestros sueños, quizá por el cansancio del día, quizá porque nuestro pulso ya no era tan firme, resbaló de mis manos. Se desprendió como un pétalo de rosa, rodó, y se hizo añicos. Sólo quedaron sus restos esparcidos por el suelo.

Movida como por un resorte, tomé mi maleta, puse lo elemental dentro de ella y, con mi impermeable y mi paraguas salí, no sin antes dejar una breve nota:

«No me busques».

De esta manera se nos quebró el amor.
Un amor tan frágil como la porcelana.

Cerré. Tiré las llaves por el buzón y,
obligándome a poner un pie delante del otro,
me fui diluyendo entre los peatones.

Poco a poco me tragó la ciudad.

Nadia Mabel Barrio

Cdad Autónoma de Buenos Aires – Argentina

La regadera

Un giro repentino casi me tira de la cama, agitado, con las manos agarrotadas sujetas tenazmente al borde de la sábana, empapado de un sudor que se me empezaba a enfriar sobre la piel y gritando las extrañas palabras: –¡LA REGADERA! ¡LA REGADERA! -. Así fue el estado calamitoso en el que me desperté esta mañana.

Cuando me di cuenta que estaba a salvo en mi cama trate de armar en mi memoria los fragmentos del sueño que me dejaron así. De a poco fui construyendo en mi cabeza el recuerdo, a veces uno no sabe muy bien si en realidad recuerda el sueño o si es uno

mismo el que, con la conciencia bien despierta, arma una historia que cree que soñó y trata de darle una explicación.

Las imágenes retaceadas se fueron acomodando... Íbamos en el micro con Tito camino a Mendoza, un viaje que veníamos planeando hacía un año ya cuando empezamos a hacer juntos el curso de alpinismo. Estaba claro porque soñaba con eso, era el viaje que íbamos a emprender al día siguiente, evidentemente la ansiedad se tradujo en sueño.

Tito ya se había acomodado en el asiento cuando sacó un crucigrama del bolsillo de una enorme campera, demasiado grande para él, lápiz en mano me pregunta - *Cordillera más alta del planeta que se encuentra en el continente asiático, 8 letras - ; - Himalaya -* contesto casi automáticamente aunque no estaba muy seguro de la respuesta. Hasta ahí el sueño es consecuente a nuestro viaje. Sigo

recordando y acá es donde se pone raro, Tito se levantó y empezó a revolver los bolsos mientras me preguntaba insistentemente – *¿trajiste la regadera? - ; -¿Qué regadera? -* Le preguntaba yo - *¡La regadera! ¡No me digas que no la trajiste! Y ahora ¿cómo vas a hacer para escalar la montaña? -* de pronto su angustia por la regadera se volvió mi angustia, ¡es verdad! Como iba a hacer para escalar sin la regadera, sabía inconscientemente que no necesitaba de ella para subir una montaña, pero extrañamente se volvió de vida o muerte para mí solucionar el asunto de la regadera. - me bajo y voy a buscarla- le dije en mi desesperación y a pesar que estábamos en el medio de la ruta. Tito revolvía los bolsillos de su camperón frenéticamente y con una sonrisa de alivio me dice – *¡No te preocupes! Acá tengo una regadera de más -* mientras de forma físicamente imposible saca el artefacto de un

bolsillo, - *pensé que la había dejado en la otra campera, úsala y cualquier cosa si se gasta seguramente en Mendoza deben vender ¡imagínate que se dedican a eso!*- Más tranquilos y con la regadera acurrucada en el medio de los asientos nos dedicamos a disfrutar del viaje.

Con la sensación de haber recorrido kilómetros ya íbamos mirando el paisaje, Tito continuaba torturándome con su crucigrama - *Soporte de forma triangular que se utiliza para colgar ropa - ; - Percha-* contesté yo y como si esto hubiera sido una orden vi aparecer al costado de la ruta una vieja toda desgredada persiguiendo a alguien o algo a los gritos y revoleando una percha a modo de sable. Tito en ningún momento se da cuenta de esto y prosigue - *Mamífero carnívoro doméstico de la familia de los caninos, 5 letras - ; - Perro -* le contesto, al tiempo que me doy cuenta de a quien

perseguía la vieja. Un chucho mas desgredado que ella corría medio rengo llevando colgada del hocico la regadera que un rato antes había sacado Tito del bolsillo y que descansaba sobre nuestro asiento; volteo la cabeza para asegurarme pero la regadera ya no estaba ahí, ¿cómo podía ser? ¿Cómo el perro había podido robársela? y lo que es peor, ¿Cómo iba a hacer yo para escalar sin regadera? - ¡El perro! ¡CUIDADO CON EL PERRO! - Grito cuando ya es demasiado tarde, el pichicho se había cruzado delante del micro seguido por la vieja, el chofer volanteó para esquivarlos y lo próximo que siento es el micro dando vueltas interminables. Tito, yo, los bolsos y los demás pasajeros acompañamos las vueltas como si estuviéramos adentro de un lavarropas. Gritos de terror y llanto me rodean pero irrisoriamente yo solamente podía pensar en la regadera...En ese momento desperté. Con

el sabor amargo a premonición que me dejó la pesadilla intenté despejarme tomando un baño y traté de convencerme de que sólo fue un sueño y no un mal augurio.

Más sereno emprendí el camino hacia la terminal de ómnibus. Creo que terminé de ordenar mi cabeza un segundo antes de subir al micro. Tito hablaba sin parar y eso me ayudó un poco. Acomodado en el asiento le digo – *No sabes lo que soñé anoche* – y antes de que pudiera continuar Tito me interrumpe - *Espera, espera antes de contarme tenés que ayudarme con algo que me está volviendo loco* - permanezco mirando por la ventanilla mientras el rebusca algo en su bolsillo, - *Listo ya está* - dice Tito - *a ver si vos la sabes «Recipiente portátil para regar, compuesto por una boca con orificios por donde se esparce el agua», 8 letras*–

Nadia Mabel Barrio

Cdad Autónoma de Buenos Aires – Argentina

Lo necesario

La oscuridad se corrió un poco más, justo ahí detrás del último recuerdo diurno, ahí un pasito más atrás del repaso inconsciente de las tareas hechas en el día.

Voy un escalón mas abajo y ya estoy en el patio de tu casa; lo veo todo tan grande, las macetas de cemento, el viejo piletón de lavar la ropa, la banqueta de hierro en la que te sentabas por la tarde a escuchar la radio; todo parece tan grande y yo que vuelvo a ser tan chica.

Mas al fondo vislumbro el antiguo zaguán, lo percibo largo muy largo y profundo, no puedo ver la puerta de entrada

pero tengo la certeza de su existencia, trato de llegar a ella sin poder moverme y caigo de rodillas sobre los ásperos baldosones de rombos, mi pequeña rodilla de niña sangra por el raspón y el golpe es seguido por el alarido de mi llanto inconsolable. Dentro del universo onírico soy consciente de que la herida no es la responsable de ese dolor, la causa viene de mucho mas afuera, mas allá del sueño, es intangible en este mundo pero muy angustiante cuando estoy despierta.

Desde el fondo del interminable pasillo escucho tu voz y el dolor parece explotar en pedido de auxilio. Y ahí estas, parado a un paso de mis pequeños bracitos de nena que al tocarte se vuelven mis brazos de adulta y en ese abrazo lloro amargamente, te pido que no me sueltes, que me lleves con vos y me protejas.

Y acurrucada en ese abrazo que siento tan real tu voz me dice que no me preocupe –

Todo va a estar bien – escucho en el aire y el dolor flota un poco más lejos. No te quiero soltar pero poco a poco la vigilia me va arrancando tu presencia y despierto aun con la cálida sensación de tu abrazo todavía a mi alrededor.

Ya con los ojos abiertos, el dolor más lejano y tus palabras resonando aun en mi cabeza siento, gracias a ese abrazo que nunca se deja de necesitar, que todo va a estar bien.

Nadia Mabel Barrio

Cdad Autónoma de Buenos Aires

Va a llover

-Parece que va a llover- dijiste rompiendo el silencio que hacía rato invadía la casa.

- Si – te contesté secamente

¿Ya no quedaba nada entre nosotros? Era una pregunta que a menudo me torturaba, no me animaba a dar el primer paso en la ruptura después de tanto tiempo juntos y era evidente que ella tampoco. Yo sospechaba que pudo haber alguna infidelidad, no era que me importara tanto, ya no la amaba eso era seguro y quizás me dolía un poco el ego pero nada más, aparte yo también había tenido mis cosas, no era justo usar las de ella como motivo y quedar

impune. Sin embargo ninguno de los dos se animaba a romper con el otro, ¿por qué? No sé, lo que sí sé, es que existía entre nosotros ese perpetuo y sagrado silencio de lo que no se habla.

-Mira que nubes negras y el temporal que se levantó- prosiguió ella al rato asomada a la ventana.

- Si - le dije - ¿se viene una de aquellas no?
– Griselda hizo una pausa, sostuvo su taza de café con ambas manos y contestó algo dubitativa – *Seeee ...¿Por qué lo decís?-*

- No por nada, por el temporal o ¿de qué estamos hablando?- Le dije sabiendo que ella comprendía perfectamente que no hablábamos del clima.

- Claro sí, del temporal – contestó llevándose la taza a los labios, hizo una pausa extensa disimulada con el sorbo de café, en la que seguramente anticipaba las movidas

que iba a hacer si yo llegaba a sacar el tema. Como defender su posición y enroscar la historia para que la culpa recaiga sólo en mí. Hasta debía estar planificando la cantidad de lágrimas que era correcto echar en proporción a los años que estuvimos juntos. A eso habíamos llegado, a cuantificar nuestras emociones para que sean políticamente correctas.

- *¡Se largó!* – dijo de repente interrumpiendo mis pensamientos. – *Sí se largó-* contesté en automático – *¿y nosotros qué vamos a hacer?*- Me animé a decir.

Ella seguía mirando la ventana como reconociendo en esas gotas que se perdían en el asfalto el amor que hoy se nos escurría de las manos. Hizo una pausa aún más larga que las anteriores. Sabía que ella entendía de lo que hablaba pero quería su respuesta abierta, yo no iba a ser el que empezara con

esto, debía ser ella, darme el pie al menos, para no tener que ser yo quien asuma toda la culpa de echar estos años a la nada.

- *¿Qué hacemos con qué?* – al fin respondió. Me sacaba de quicio esa actitud pasiva que no me permitía explotar y decir todo de una vez, Griselda la había usado una y otra vez en estos años para evitar cualquier discusión.

- *¿Qué, que hacemos? ¿Vos y yo con esto? ¿Qué hacemos?*- el repiqueteo de las gotas sobre el vidrio parecía contar los segundos que ella tardaba en procesar cada palabra y contestar. Seguía aferrada a su taza de café y a su ventana, buscando quizás alguna respuesta en los charcos que las gotas que antes creía perdidas habían formado, ahí habían ido a parar creando algo tan grande que ninguna de ellas podía controlar, que tomó su propia forma independiente de la gota que lo inició, como nosotros, como

nuestra relación que inevitablemente terminara desbordándonos.

-¡Y nos quedamos acá! - respondió ella con voz nerviosa - *Hasta que pase todo, ¿O vos tenés algún lugar adonde ir?* – y por primera vez desvió la vista de la ventana para mirarme. Me sostuvo la mirada desafiante incitándome a que lo diga, a que lo haga, a que termine con todo, a que de una vez por todas de el primer paso.

El resplandor de un relámpago seguido del ruido del trueno nos obligó a romper la tensión y desviar la vista hacia la ventana. Así somos nosotros pensé, estamos al mismo momento en la misma tormenta pero vos siempre sos más rápida, siempre vas un paso adelante mío, anticipando mi jugada y dejándome rugiendo solo.

- No hay ningún lugar adonde ir - concluyo ella y volvió a absorberse en la ventana.

El silencio volvió a invadir la habitación, sólo se oía la lluvia y los sorbos eternos del café de Griselda, rato más tarde la tormenta pasó y ambos salimos de la casa. Nos despedimos en la vereda, yo fui para una esquina y ella hacia la otra, no había adonde ir es verdad, pero nos fuimos igual.

Rossana Cantarely

Nuevo Cuscatlán – El Salvador

Huele

Esta tarde de abril me di cuenta con mucha claridad de otro poder extraordinario del que desconocía en mí, pues como anteriormente les he contado soy de aquellos que tienen sinestesias vívidas, sí sinestesias vívidas. El aire de la tarde sobre todo el de las cuatro de la tarde, cuando la tarde empieza a caer y la luna asoma anunciando la noche, me hiere la piel al paso y es estridente el ruido de las bocinas de los carros por las calles porque no puedo taparme los oídos como puedo cerrar los párpados. Y además escucho cualquier secreto a una distancia de unos 12 o 15 metros sí eso es

incómodo pues a veces he tenido que regresarme a decirles un par de palabrotas a aquellos que me saludan y a los 13 o 14 metros de distancia están hablando de mí, sí se han sorprendido de darse cuenta que escuchó muy bien cada palabra secreteada a lo lejos. También creo yo que ya les he contado que logro escuchar el chasquido de las patas de los insectos que rondan en la noche, detesto las cucarachas que se llaman unas a otras con ese roce ensordecedor en el que chasquean las patas peludas y siento asco, a veces puede ser monstruoso ser hipersensible pues un zancudo puede enloquecerme, cada ruido me despierta y digo a mi pareja escuchaste y el se ríe como diciendo no he escuchado nada, duérmete ya y el ruido sigue allí constante, pero solo yo le escucho. Paso a otro detalle, y voy a contarles de este nuevo súper poder, consiste en oler en demasía, oler hasta las emociones, por

ejemplo oler el miedo, sí ese fue el detonante. Empecé a oler el miedo. Ustedes quizás dirán, pero eso lo hacen los perros y es cierto pero mi capacidad desborda esa forma instintiva de oler. Les contaré los detalles y es que logro oler las feromonas que expulsa el cuerpo humano cuando siente miedo y por supuesto sé leer las actitudes de aquellos que se me acercan o no, pero eso es más un análisis del discurso, una análisis semántico y semiótico de las distancias y de los gestos, de las posturas, de los secretos de los ademán, de los detalles del cuerpo y de sus sombras y silencios.

Continuemos, cuando siento ese olor, a miedo oscuro y pusilánime, todos mis sentidos se ponen en alerta en total defensa y esto realmente me ha ayudado a mí y a algunos de mis amigos a salvar situaciones específicas de peligro inminente. Así que no

era algo que me contrariara. Hoy estoy perfeccionándome y ya logro oler también la angustia, aunque en ese caso es más doloroso porque la angustia es una sensación desgastante y huele a un proceso de podrición lento, además estoy logrando oler la alegría y el dolor. La alegría pues huele a frutas entre sazonas y maduras, es un olor delicioso que seduce en cambio el dolor huele a tonalidades de grises, a impotencia, a veces también a angustia, y otras veces huele a árbol cortado, huele a agua sucia-estancada. Ayer lloré intensamente porque empecé a oler el dolor fuertemente como cuando uno huele el disolvente de pintura muy cerca, sentí mareos, un fuerte dolor de cabeza y una sensación de desasosiego y de impotencia sé qué es mi sinapsis. Las neuronas sensoriales olfativas detectan el dolor inmediatamente sobre todo en las madres que lloran por sus hijos, ese dolor entrañable produce una señal

eléctrica y esta empieza a propagarse a lo largo del sistema nervioso hasta un determinado punto en el que no se detienen estas conexiones y logran ir más allá, para enviar la señal sináptica del olor al dolor.

Pero el problema que he tenido últimamente es que me enfrento a variedad de olores respecto al dolor es decir que no hay solamente un dolor sino que son muchos y por ende son muchas las variaciones del olor del dolor. El dolor del despecho es un olor fétido, hediondo que se vuelve molesto porque empieza leve y luego es como un ruido ensordecedor que se esparce como una alarma de incendios que no para de sonar aunque no haya un incendio cerca.

El sentido del olfato, ese poder de oler con intensidad es muy importante para mi esencia, creo que siempre me ha servido para sobrevivir o supervivir. Hay momentos en

los que he logrado oler el fuego cercano y no verme involucrado en el peligro de las llamas. Además en este espacio tan urbano y plagado de violencia de todo tipo estoy aprendiendo a oler a los depredadores es algo así como un olor mercadotécnico...jajajaja...pero no se rían, realmente esto es muy serio desde el punto de vista humano permite enriquecer la experimentación de sensaciones en cuestiones como nuestras experiencias diarias y el placer que sentimos en cada una de ellas como cuando comemos lentamente apreciando cada color, cada ínfimo sabor y degustamos cada trocito de comida como si fuera el mejor vino del mundo.

Pero voy a ser sincera: no me gusta oler la tristeza es un olor a mar sin movimiento. La tristeza huele a las hojas que caen al vacío es un olor intenso, pero a la vez sutil. Es un olor como el de ver a los padres ir muriendo lentamente, un olor de sentir el rompimiento

de una página de un libro único, un olor a verse limitado. La tristeza es la que más diversidad de olores tiene, por lo menos para mí. De por sí tenemos melancolía, nostalgia, hastío, añoranza y cada una de estas emociones es un olor distinto que golpea el cerebro y cada parte de la piel. Oler la tristeza me desgasta, me quita energía azul y todo parece marchitarse, la tristeza huele de una forma extraña como a conserva de camote, como a guayaba en proceso de podrirse, huelo a esa hoja que se quiebra en el viento, es un olor penetrante pero leve del que no puedes huir, te cala hasta los entresijos y te habita por mucho tiempo incluso te puedes acostumbrar tanto a él que parece que fuera ya tu olor y de repente te das cuenta que no que no eres tú, que es la tristeza que se te ha vuelto protagonista y ya hueles a ella. Y suspirar y parece que se escapa su olor pero siempre queda en ti, aunque te laves 15 veces

las manos y te bañes en sales al secarte el olor vuelve como un cáncer, la tristeza huele así a utopías, la arena de la playa tiene un olor parecido si un día van al mar cojan en su mano un poco de arena y huélanla, casi casi así es el olor de la tristeza.

Oler el éxtasis es otra historia es como una mezcla entre olor a menta y limón, a geranio y a uvas, de repente el olor entra por mi fosa nasal derecha y me hace experimentar una emoción encantadora como un halo de magia que seduce como un olor a madera especiada con la pimienta o la canela y se desatan fuegos artificiales neuronales hay definitivamente producción de serotonina. Sé oler el estado de plenitud máxima, usualmente asociado a una lucidez intensa que dura unos momentos y es como la sensación de un beso que acaricia cada diente, cada espacio de la encía, el cielo de la boca, las paredes adriáticas, las pupilas gustativas,

y hasta las cuerdas vocales. Ese olor es como un olor a flor de jabuticaba recién abierta, entre limón y miel, romero y picante. Es un olor que llega y te explota, y te empieza a invadir y cedés y cedés, puede marearte. Es un olor como el que sentí en aquel pueblo español, en Chinchón, un olor a anís y alcohol que baila en el aire, es un olor surrealista y stravinskyano. Hummm este es uno de los olores que más me cuesta describir pero que amo sentirlo, es energía pura, mar en movimiento, hoguera encendida. Un olor que se te aprieta en el pecho y que también puede hacernos llorar pero llorar locamente de alegría. Un olor que dan deseos de gritar de gozo.

Estoy a veces incómoda con otros olores como el de la espera, el desasosiego, la impotencia y la muerte. El olor de la espera es variado hay esperas que huelen a azahar y otras que huelen a polvo de hierro, otros a

hierba cortada, son olores molestos estos últimos.

El olor que me fascina es ese olor de él, que huele entre olor a sol y al aroma de una tarde que cae leve antes de que llovizne, eso es lo que me encanta que aún es un olor indescifrable, un olor que se mezcla con la historia y la filosofía, un olor que huele a madera de pino con miel de maple y mar...es un olor que tengo que seguir, hasta descifrarlo, hasta aprendérmelo o quizás jamás pueda leerlo a totalidad está allí su encanto, tendré que irlo descifrando, unirlo con el mío, crear otro olor magnífico que nadie conozca, un olor azul silencio, un olor vuelo de mariposa, un olor colibrí entre la lluvia, un olor canela y cerezo, un olor abril y julio.

Juan Pablo Cifuentes Palma

Chillán Viejo - Chile

Los diminutos hombres

La respiración es cada vez más acelerada. Parece que los pulmones se le van a salir por la boca. Todo es oscuridad. Los recuerdos retornan. Está botado el muchacho en el suelo de la sala de clases, la misma sala de clases de ayer, esa, la de la tortura, la del sufrimiento. Otra vez lo mismo. Golpean su rostro, golpean su cara, nadie lo defiende, todos miran, otros ríen, otros miran hacia afuera. El recreo parece no terminar nunca. Siempre lo mismo. Un incomprendido. Nunca supo cuando comenzó la decadencia de su imagen. Solo fue de un día para otro. Así de simple. El Rulo se le metió entre ceja y ceja. Como mueve montañas, como todo el

mundo le obedece, nadie defiende a ese muchacho.

Una compañera no se atreve a entrar a la sala. Mira atentamente como golpean al muchacho, el mismo muchacho que le envía cartas de amor, el mismo que le regaló un perfume francés para su cumpleaños, el mismo que en cada recreo o cuando se le ocurra al Rulo lo azotan cruelmente. Esta vez fue físicamente. A veces son psicológicas las amenazas. Mensajes de muerte, amenazas, golpes, coscachos, empujones, insultos, son el pan de cada día de este muchacho. Tiene un ojo negro, me pregunto de qué color tendrá su corazón.

Está en el suelo inconsciente. Ningún compañero le ayuda.

La respiración es cada vez más agitada. Hay un rostro ensangrentado. Como puede, trata de arreglar su ropa, no pueden verlo en

esa condición. El profesor de Ciencias es un poco retraído, aquí todos le temen al Rulo, incluso el profesor Araneda. El muchacho lo sabe, está sentado en una esquina de la sala de clases. El Rulo conversa con todo el mundo, como si nada ocurriera. Nadie le dice nada. El muchacho no existe. A duras penas se levanta y va a su puesto. Mira por la ventana, un cielo nublado. Cierra sus ojos. Todo es oscuridad. Se escuchan disparos, disparos, disparos en su mente.

Abre la puerta de la sala de clases. Todos conversan. Parece que el mundo se detiene. Avanza lentamente, puede ver todo lo que le rodea, las caras felices de unas compañeras, otros que duermen, otros que conversan animadamente, el Rulo que molesta a unas compañeras, esa muchacha, la de las cartas, que lee un libro, el profesor que escribe en la pizarra, teorema de Pitágoras, números, cálculos matemáticos, en fin, en fin, todo gira

alrededor suyo extremadamente lento. Cada paso que da rumbo a su asiento es un año que transcurre, siglos, milenios, años luz, infinitos, universos paralelos.

El profesor continúa con su clase, que el álgebra aquí, que la geometría acá, que la aritmética acuyá. El muchacho no obedecía el ritmo de la clase. Estaba más preocupado de sus propios asuntos. El Rulo se levantó disimuladamente de su asiento y se acerca al puesto de ese muchacho. Le brinda un fuerte golpe en la nuca y un puño traicionero golpea el costado derecho del muchacho quien obedece al ritmo de su dolor y contorsiona su cuerpo, por unos instantes pude ver qué escribía en su cuaderno. Eran unos dibujos, todavía tengo pesadillas con esas imágenes. Estábamos nosotros, todos, en el suelo de la sala. Muertos, ensangrentados, blasfemas, garabatos, anomalías, destrucciones. Fue una fracción de segundos. La muchacha miró de

reojos al pobre adolorido, pero tuvo miedo del Rulo, el profesor nunca se enteró de lo que sucedió, y si lo hizo fue un ciego, sordo, mudo, paralítico y un cobarde. No alcanzó ni a escribir otros garabatos en su cuaderno cuando recibe un mensaje anónimo. Un papel mal doblado llega a su puesto, ni siquiera yo supe de donde provenía. Miró para todos los lados, nadie se adjudicó dicho mensaje. Abrió el papel, el mensaje era claro: «Vamos a matar a tu familia maricón». Eso sí que lo vi claramente, las letras eran grandes y las manos del muchacho temblaron de tal modo que no pudo cerrar ese papel y pude ver con lujo de detalle su contenido. El día está nublado.

La muchacha abre la puerta. El cuerpo está inconsciente en el suelo. El Rulo y sus secuaces lo dejaron casi muerto. Golpea su rostro, poco a poco reacciona el muchacho. Como puede se sienta en el suelo, la

muchacha se levanta y va a su asiento, el recreo está por terminar.

En su asiento, el muchacho mira por la ventana, el cansancio del día lo tiene extenuado. Cierra sus ojos. Rápidamente un sueño se apodera de su realidad. Va por el bosque, corre, libremente, está feliz, los árboles a su alrededor lo miran, intentan unas ramas golpearle, pero él esquiva los golpes, cada vez está más desesperado, nervioso, agitado, siente que alguna rama le golpea, cada vez más fuerte, cada vez más agudo, un dolor intenso. Abre sus ojos, solo ve un par de zapatos que golpean su estómago, fue consciente unos segundos antes de caer otra vez en el sueño, esta vez, todo se fue a negro.

El muchacho estaba sentado en un banco del colegio, ya el día escolar había acabado. Leía concentradamente unas hojas. Todo parecía normal. Pero el Rulo no paraba de

perseguir a su presa. Nos acercamos, todos, todos se acercaron rumbo a ese asiento maldito. El muchacho no advirtió nuestra presencia. Qué estaría leyendo, nunca lo supe. El Rulo de una ráfaga tomó los apuntes que leía el muchacho y se los arrebató. No tardó en despedazarlos, hacer picadillo de apuntes, el muchacho no hizo nada, tampoco cuando el Rulo le tiró los pedacitos de papel a su rostro y escupió su casaca. La muchacha miró todo desde el fondo del grupo. El Rulo terminó su labor de dominancia y se fue del epicentro del crimen, todos le acompañaron, el muchacho impávido, no daba señales de vida, la muchacha dudó unos instantes, pero huyó rumbo a los brazos de Rulo quien la abrazó fuertemente y se alejaron de ese lugar. El día está nublado. Algo ha cambiado, el rostro del muchacho, hay una mirada distinta, amenazante, perdida, una sonrisa siniestra, pero no logré advertir nada, quizás fue

producto de mi imaginación.

No ha llegado a clases, tres días, cuatro, cinco, una semana, un mes, el muchacho no volvió nunca más a la sala de clases. El Rulo, como buen cazador, encontró a otra presa, otro muchacho sufre de los síntomas del anterior. Los recreos infernales continúan.

La clase de Ciencias, el profesor Araneda que habla y habla. Pocos ponen atención. De improviso, violentamente alguien abre la puerta, era él. El muchacho. Cierra la puerta y permanece de pie en la sala. El Rulo y sus secuaces se asustaron, se miraban entre ellos, la muchacha tiritaba nerviosamente. El profesor Araneda se percató de la llegada del muchacho y fue hacia la puerta. El muchacho lo miró fijamente a los ojos y dijo con esa voz que todavía revolotea por mi mente: «Permiso profesor». De inmediato, bruscamente, desesperadamente, instintivamente, sacó un revólver de su

bolsillo y apuntó rumbo a la sala. Cerré mis ojos, todo se convirtió en tinieblas. Una ráfaga de disparos. Gritos, después un largo silencio, una respiración agitada, muy agitada, explosivamente agitada, abrí con temor mis ojos. El muchacho con el revólver en su mano apuntando hacia nosotros, respiraba agitadamente. Observé los cuerpos del Rulo, sus secuaces y la muchacha que estaban en el suelo, ensangrentados, el piso se tornaba rojo, la luz era roja, olor a muerte, sabor a muerte, todo eso en una fracción de segundos, la imagen dantesca fue superior a mi curiosidad, cerré nuevamente los ojos y prometí no abrirlos hasta que la muerte me alcanzara o Dios se apiadara de mi vida. Todo fue oscuridad, no sé cuánto tiempo estuve en las tinieblas.

Juan Pablo Cifuentes Palma

Chillán Viejo - Chile

El día cero

Allí estaba. Solitario, trémulo, a punto de desmayarse y terminar con una existencia tan débil. Al mirar a los costados no encontró más que el recuerdo de que ese era el último día, el último momento. Atrás quedaban aquellos episodios del pasado, los sueños del futuro, aquellas viejas anécdotas que alguna vez fueron tan divertidas, ahora todo parecía ser extraño, tan lejano, tan extrañamente ausente.

Los pies ya no se mueven. Antes se movían con placer. Recorría las calles de arriba - abajo, de izquierda a derecha, de día a noche, de norte a sur, paso a paso, calle a

calle, sus pies deambulaban como dos errantes peregrinos que buscaban el Gólgota, dos exiliados en un cuerpo inútil y miserable. Antes caminaba entre calles doradas por las aventuras de esas noches agobiantes. Sexo, alcohol, drogas, lágrimas, risas, eran ecos del pasado, pequeñas muestras que iban cubriendo el largo caminar de estos pies ya cansados de vivir.

Pero ahora estaban cansados. Estaban tiesos como ese perro, aquel viejo pastor alemán, su querido Bobby, ese muchachote que dejó un día en el campo para nunca más volver a ese viejo rincón perdido en el mundo. Hace tanto tiempo que ya no recorría el viejo camino que unía su niñez. Ahora todo era citadino, acelerado, imperdonablemente inútil.

Le movía la cola, ladraba sin parar, el pequeño Bobby, sin cesar ladraba y ladraba. Pero su amo no regresó nunca más. Bobby se

quedó huérfano. Tieso, así debió morir hace años, más de veinte años atrás, de viejo, de anciano y no por otra muerte estúpida en esta vida de perros.

Ahora sus pies estaban agonizando.

Que miseria la del hombre. Que miseria la del hombre que no puede levantarse y morir dignamente en su casa, al lado de la estufa y no a la intemperie, bajo la amenaza de los chacales y la inoportuna lluvia.

Pero este era su destino.

Recordó cuando su padre lo llevó por primera vez a la hacienda olvidada. A la casa de sus abuelos, de su infancia, de sus antepasados.

El sur siempre le pareció horrible. Él no era una persona acuática. Propenso al resfrío con tendencia a la neumonía. Ese era el diagnóstico. Cada invierno, cada otoño y qué decir, cada verano lo pasaba en la crujidora

cama campesina.

Fue en uno de esos tantos momentos de enfermedad cuando su padre, conmovido quizás a una misericordia divina, que trajo un pequeño cachorro al lado de la cama.

Recuerda claramente ese detalle. Una patita del cachorro estaba lastimada. Su padre le contó que encontró al animalito tirado cerca del camino que conducía hasta la hacienda. A veces su padre tenía estos gestos de compasión, gestos que se han muerto con él, pues su descendencia se caracteriza por el egoísmo y la soledad.

Una vez trajo en la camioneta a un caballo que encontró atropellado en el camino. El pobre animal agonizó tres días en el establo. Y el padre siempre estuvo ahí, donde las papas queman, como él solía decir a todos. No se movió ni un céntimo, acompañó a la pobre bestia hasta que llegó a su destino

final, a su muerte.

Cómo olvidar aquella vez que regresó a la casa con tres mendigos para la Navidad. Fue una conmoción. A todos le pareció una obra de caridad, una gran idea había dicho su madre. Eres el mejor de todos sentenció su hermana. Pero él, este inútil hombre, no dijo nada. Cubrió su boca con el silencio. No podía entender los gestos caritativos de su padre. Sabía que la vida no era algo que llamemos justa, pero, de ahí a traer a cada individuo desvalido que encuentre en el camino parecía insoportable.

Eso pensaba este hombre. La vida es injusta y a cada uno le corresponde la rebanada que se merece. No sobra ni se resta nada, tampoco hay espacio para decir: No gracias, hoy no, mañana tal vez.

Hace cuánto tiempo ocurrió eso.

Su padre murió hace años. Tantos años,

veinte, veintiuno, treinta. No hay una recopilación de datos históricos en su memoria. Nunca fue bueno para las matemáticas ni tampoco para juegos mentales ni logísticos.

Solo sabe que un día vino su madre hasta su cama. La misma cama de su infancia, la de la neumonía veraniega, otoñal, invernal o primaveral. Él leía una novela de Julio Verne, no recuerda con claridad si era De la tierra a la luna o Viaje al fondo de la tierra, una de las dos, tal vez ninguna, quizás otra, algo con tierra, sí, decía la palabra tierra, tal vez era arena, piedra, agua, viento, muerte, amor, no, amor no, se alejaba de esos sentimientos, lo más probable es que leía una novela y punto. Bobby siempre a su lado, acostado junto a él, su mejor amigo, el único amigo, no sabía lo que era colegio, niñez, amigos, recreos, fútbol peleas, niñas, nada. Solo enfermedades, cama, libros y su querido Bobby.

-El papá ha muerto – dijo su madre.

Esperaba que dijera algo. No sé, llorar, reír, gritar, cualquier cosa. Pero no dijo nada. Escuchó la noticia tal como si le contaran una receta de cocina, el resultado de un partido de fútbol o el estado meteorológico de mañana.

-¡Vístete!, llegarán los primos y los tíos, busca algo negro. – gritó su hermana.

Boby y yo nos vestimos de negro. A mi madre no le pareció gracioso, ni mucho menos divertido vestir a Boby de luto. Para mí era tan natural, el pobre muchachote, ahí callado junto a mí con su ladrido angustiado. Fue mucho más honorable que la interminable fila de pésames que debí soportar.

Murió de un ataque al corazón. Eso lo supe cuando ya vivía en la ciudad. Nunca creí eso. Preferí quedarme con mis juegos de

infancia. A mi padre lo asesinaron por ser tan buena persona. Temían que contagiara la caridad entre las personas. Tal vez, yo mismo lo habría matado si me lo ofrecieran, por el bien de la humanidad, obviamente.

-Nos vamos a la ciudad. Una nueva vida. Ya verás cómo te divertirás. Irás a la escuela, tendrás amigos... – otra vez mamá.

Nunca mencionó que Bobby no viajaría con nosotros. La noche cae. Las estrellas se agotan. Todo se termina, los ojos se cierran lentamente, uno a la vez, a cada segundo, se alejan mis sentidos, me convierto en estatua de barro.

Contra toda voluntad debí abandonar a mi único amigo. Adiós muchachote. Y ahí se quedó. Debió pasar toda su vida esperándome. Tal vez murió de pena. Junto a mi viejo, junto a mis resfriados de infancia.

No hay caso. Estos pies están muertos.

Cansados de tanto luchar.

Los huesos ya no son los mismos que recorrían las viejas pasarelas de la ciudad en la época de la adolescencia. Cuando Bobby, mi padre, la hacienda y mis enfermedades se quedaron enterradas en el olvido y dieron lugar a las devastadoras noches afrodisíacas, a los amaneceres de resacas y a las madrugadas de lujuria.

Pero un día me miré en el espejo. Vi una calavera, un ser extraño, algo que no era yo, te vi Bobby, te vi papá. Lo comprendí todo. Salí huyendo del baño del colegio.

-Señor director, lo espera la apoderada Martínez por el caso de la muchacha embarazada – dijo la secretaria - ¿Señor Director?

Corrí por las calles hasta que no tenía aliento. Tomé el primer bus que se dirigiera al sur, a ese sur del que hablaba Borges. Lo

comprendí. Todos estos años, estos supuestos años de paz y tranquilidad, de prosperidad, logros, sueños, objetivos, familia, esposa, hijos, nietos, colegio, amigos, vida, vida, vida.

Fueron un solo eco de una enfermedad.

Toda mi vida he estado enfermo.

Mi destino es la muerte.

Mi enfermedad me ha traído hasta aquí,

Hasta esta noche.

Fueron días y días de búsquedas hasta que encontré mi objetivo.

Aquí estoy, aquí estoy

Boby, mi muchachote.

Querido padre, aquí está tu hijo

El egoísta, el eterno enfermo

El debilucho de todos los días...

Regreso nuevamente a mi infancia

Hasta mi exterminio.

Mi día cero.

Juan Pablo Cifuentes Palma

Chillán Viejo - Chile

Me lo hizo Jesús

-¡Te digo mamá que fue Jesús!

Lloraba Susanita de impotencia ante la incredulidad de su madre y de los vecinos que a muy tempranas horas hemos llegado a la casa del siniestro para escuchar «las palabras herejes de una endemoniada» como decía la Señora Domínguez, una cliente habitual del confesionario y de los rumores del barrio.

Todo comenzó ayer en la noche. Era una fría noche de invierno. Nada particular que llamara mi atención, ninguna señal que anticipara la catástrofe que se avecinaba sobre mi corta vida. Todo permanecía en su

misma rutina: Los perros ladraban y peleaban entre ellos mientras seguían a la perra del panadero, por cierto no hablo de su esposa, el Potote y el Cumpeo vendían cocaína entre el pasaje tres Oriente y el siete Norte, mi madre, para variar, estaba completamente borracha junto a sus amigas, tan estúpidas e ineptas como ella.

Lo dejaré claro desde un primer momento: La odio.

Nunca supe porqué nació. Dicen que fui una persona non grata para todos. Eso decía constantemente mi padre cuando me leía un cuento antes de dormir, mi querido padre, un narcotraficante asesinado en una riña callejera hace tres años. Mi madre siempre me ha odiado, más bien, ella se odia a sí misma.

No es mi culpa que la evolución de Darwin no sea más eficaz y acelere mi

crecimiento inmediatamente. ¿Existirá algún método para pasar de los doce a los treinta o cuarenta años? No quisiera pasar por las etapas tormentosas de la adolescencia, bastante tengo con los «cariños de mi madre». Por ejemplo, el lunes me trata de prostituta y quiere que me venda y le traiga dinero para comprar más botellas de ron y seguir borracha toda la semana. Del martes al viernes me insulta y amenaza con lo primero que encuentra a mano. Entonces, debo correr para encerrarme en mi habitación.

¿Cómo sobrevivo? No lo sé. ¿A quién le importa una desnutrida y ojerosa muchachita hija de un narcotraficante y de una alcohólica? Pienso que debo tener los genes muy malos en mi sangre.

Una vez en el colegio me dijeron maraca, una vez en el colegio mi profesor de matemática me subió la falda y desabrochó mi blusa, una vez el inspector del colegio me

encerró en su oficina y tocó mis pequeños senos con sus grotescas manos sucias que olían a cola fría mientras su boca trataba de comerse la mía, una vez el pastor de una iglesia me compró un helado de chocolate, mi sabor favorito aunque todavía no he probado otro sabor, con la condición de que en la tarde fuera a su casa a escuchar pasajes de la Biblia.

La historia de Adán y Eva fue desagradable y humillante. No sé en qué momento dejó de leer la Biblia y encendió el televisor. Sonreía maliciosamente tal como mi padre cuando regresaba con mucho dinero a la casa tras una buena venta de sus productos. Entonces, de imprevisto me vi envuelta en un juego bíblico. Adán era el pastor y Eva tenía que ser yo. Ese era el juego, la dinámica bíblica que me estaba enseñando el ungido de Dios. Me desnudó con brusquedad como si tuviera poco tiempo o

en un estado desesperado y lleno de impulsos hormonales. Ahí estaba yo, tan débil e inocente. Mis pequeños senos parecían dos ciruelas que estaban brotando, las costillas sobresalían, mi piel tostada por la suciedad y unos extraños pelos entre mis piernas que impacientaban a este Adán postcontemporáneo.

Entonces apareció la serpiente. Ese viejo asqueroso, con la piel suelta, gordo, tan gordo que parecía estar esperando a gemelos tomó mi frágil mano izquierda y la llevó a su pene. Comenzó a desdoblarse como si aquello fuera la serpiente del Génesis. Su peluda mano se apoderó de la mía y la movía rápidamente en su pene. Comenzó a gemir. Comencé a llorar, pronto comí contra mi voluntad de esa manzana. Me violó, sin conciencia, sin vergüenza, sin ascos, me violó y me decía prostituta, sentí que me moría, su inmenso cuerpo de troglodita, una bola

de nieve estaba encima de mi inútil existencia.

Cuando desperté me encontraba en la calle. Todo era oscuro, no había luna ni estrellas. A duras penas podía caminar. Un dolor insoportable entre mis piernas. Lloré como si fuera una mujer en un cuerpo de una niña.

El Potote y el Cumpeo me encontraron sentada al lado de unos matorrales. El Potote comprendió, aún en su estado alucinado, que algo raro ocurría conmigo. Me llevó casi a la rastra hasta mi casa. Mi madre, borracha como siempre, no comprendió claramente las palabras del Potote.

No sé en qué momento de la madrugada mi casa se transformó en el epicentro del escándalo del barrio.

Mi madre me obligó a levantarme, a duras penas caminé rumbo al comedor, ahí estaban

todos los vecinos del pasaje e incluso algunos que no son de nuestro barrio.

Mi madre, llena de rabia prácticamente destruyó mis vestimentas. A punta de estirones asesinó a mi blusa amarilla con un dibujo de Barbie, e hizo lo mismo con mi pantalón de buzo azul recién comprado hace una semana en la ropa americana.

-¡Mírenla! – Bramó - ¡Esta mocosa fue violada!

Murmullos que crecieron como miles de abejas que se acercaban a mis oídos, alguien por ahí dijo: «Dios mío», otro gritó «esto es un ultraje», otro sacó una fotografía de mi cuerpo desnudo y huyó antes de que le quitaran la cámara.

Yo, la Eva postcontemporánea, me sentía desnuda, avergonzada de mi feo cuerpo, avergonzada de que no dejaran de mirarme.

-¿Quién te hizo esto Susanita? – dijo Don

Pepe, el panadero del barrio.

Pero no respondí, no tenía palabras. ¿Qué iba a decir?

-¡Contesta mierda! – mi madre me dio una cachetada y si no es por Don Pepe que la sujeta me linchaba ahí mismo.

Débilmente, muy asustada dije: ¡Jesús! Un completo silencio. Mi madre tragó saliva antes de preguntarme nuevamente quién me había violado.

-¡Te digo mamá que fue Jesús!

Por suerte me desmayé y no supe nada más de juegos bíblicos.

Lilian Costamagna
Bariloche (Río Negro) - Argentina

Escarceos

Menuda tarea la del poeta cuando cuenta con las emociones al ras de la epidermis, como los pelitos que se levantan con un roce a contrapelo o cuando muestra las heridas que la sal del mar irrita. Tiene a los personajes, pero no tiene la trama, debe darle carnadura al relato. Por ahora, son sólo divagaciones que quedan plasmadas en el título.

Dícese de los movimientos en la superficie del mar, pequeñas olas que se mecen hacia uno y otro lado por las corrientes subterráneas. También se dice de las cabezadas de los caballos hacia arriba y hacia abajo, o de los giros que dan resoplando,

cuando están fogosos. Poco a poco, iremos adentrándonos en la historia. Por ahora, son sólo cuatro sílabas: es – car – ce – os, que se mueven sobre una barca que boga en un lago tranquilo pero que se agitan desde las profundidades.

Con cuatro frescas le han dicho imprudente, indiscreta y entrometida, además de impaciente. Pero ella no se ha quedado impertérrita, ni imperturbable, porque no es una placa de mármol fría y rústica, lista para ser moldeada a gusto del artista; al contrario, es impulsiva y cerril, que salvajemente se puede acompañar a un cuerpo que le prodigue cálidas miradas, tiernas palabras y dulces caricias. Porque, tampoco es intangible, pero es impetuosa, implacable, a veces, cuando se enoja, y es hasta impúdica.

Y qué decir de la cacofonía de tantos prefijos que indican negaciones, aunque

recuerdo que la negación de la negación, al final es afirmación. Y sí, después de todo, las cuatro frescas no serán la última palabra. Es auspicioso un próximo encuentro. Ella espera a puro impulso, cómo el otro, el de las cuatro frescas, suavice su temperamento salvaje con un guiño, con tres diminutivos cariñosos, y cuatro toques suaves, y la amanse. A la vez, mientras tanto, ella, la imprudente, irá buscando la manera de que él se enamore. Quitará la capa de óxido de su pecho, diluirá con sus labios la acidez de sus ironías, rascará la costra dura de sus emociones, y así, capa tras capa, Irá buscando su ternura, entrará en su silencio y adivinará sus deseos, esos que sabe, son atrevidos, pero que él no se anima a manifestar.

Un susurro de colibrí detrás de la oreja.

Un escozor de lágrimas que se han secado en los párpados.

Una música de terciopelo en los cabellos.

Un aleteo de mariposas en el vientre.

Un coscorrón de narciso recién robado de un jardín.

Un guiño y una sonrisa sellados en el pacto de guardar secretos en el alhajero de cristal.

Un rubor de amapola en los besos de la brisa.

La barca se ha agitado en la superficie de las aguas, una escaramuza, un temblor inusitado y brusco al descubrir el lado oscuro de la luna y ahora nuevamente boga en calma, mientras la luna muestra su lado más brillante sobre el lago quieto.

Julio Carlos de Posada

San Isidro (Buenos Aires) – Argentina

Hacia el final

Antes fue vivaz. Hoy bajo el viento de otoño, pesados y lerdos avanzan los pasos sobre la tierra húmeda, fría. Marcha lenta y formal

Algunas voces reconozco, las de Juan, el Flaco y Paco. Con Paco intercambié diálogos intensos e interminables sobre casi todos los temas. Su mirada muy celeste pero firme dirigida al infinito, demostraba cómo hurgaba en sus conocimientos para dar respuesta a mis eternas dudas. También oigo la de Alfredo, durante tertulias de mucho café y más tinto logré darle un rumbo, que entendiera que el más allá depende de un

proyecto propio. Me lo imagino pensativo, con su eterno sweater azul ajustado al cuello y un mechón gris sobre la frente.

También la de Alicia. Antes, hace tanto, con ella jugaba en el patio y reíamos tomados de la mano hasta que la campana nos pedía silencio. Más tarde la primavera impregnó nuestros poros y el calor de su mano fue deseo. Sus pecas desaparecieron, sus rulos rubios se tornaron larga melena y sus pestañas crecieron. Avanzamos con todo y contra todos, irremplazables uno con el otro. Me amó y la amé.

Siguieron nuevas manos. Noches febriles, sin fin. Abrazos. Hasta aquel, el de ella. Apasionado, cálido, afectuoso e interminable. El que perdura aún hoy. Conocí las tiernas, amantes caricias de los recién nacidos.

Alcancé mi cuota de logros y una mayor de fracasos. Sin valor, excepto por la dicha

de haberlos buscado con pasión una y otra vez, de haber vivido tras mis sueños.

Quise más que nada entender los adónde, cuándo y por qué. Tal vez nadie lo logre en una vida. Aprendí a ver la aurora, el anochecer. Compartir la luna bien alta y las eternas estrellas.

Ahora, cómodamente recostado, sin prisa, saldadas mis ansiedades, escucho los pasos y el jadeo de los que cargan con mi ataúd.

Teresa del Valle Drube

Lauman

Tafí Viejo (Tucumán) – Argentina

Un hombre nuevo

Apagó el cigarrillo apretándolo hasta deshacerlo contra el fondo del cenicero. Se paró de un salto, y se dirigió a la impecable cocina para lavar hasta el último resto de cenizas con movimientos rápidos y cortos. Secó prolijamente la mesada, acomodando todo por enésima vez.

Sonrió con aire ausente mientras miraba por la ventana al pequeño jardín que lo separaba de la calle. De la arbolada y serena calle de su barrio de toda la vida. Encendió otro pucho; le temblaban visiblemente las flacas y manchadas manos.

— Bien, querido amigo mío: tengo que darlo de alta. Lo considero una persona que actualmente puede responsabilizarse por su propia vida. Sin temores. Venga a verme todos los miércoles. Y tenga estas cápsulas: me las toma todas las mañanas –con un vaso de leche, ¿no?— ¡a las amarillas! ¡no se olvide! ... y a las azules con rosa, ¿ve? Por las noches ¿no?

La voz del médico era ronca, profunda, cuando comenzaba a hablar. A medida que avanzaba en lo que decía, comenzaba a subir de tono, hasta llegar a ser insoportablemente aguda.

— Sí, Doctor...— respondió sumiso, casi hundido en el sillón de plástico gris, juntas las rodillas, los pies separados y enfrentándose y las manos aferradas con fiereza a los brazos del sillón.

Observó las ligustrinas del seto: habían vuelto a brotar. Volvió a lavar el cenicero; tomó las tijeras de podar y corrió hasta el cerco, comenzando a cortarlas frenéticamente.

Por fin había salido de ese horrible sitio al que llamaban clínica. Siguiendo el consejo de su terapeuta, lo primero que haría sería salir a caminar. Ya no le tenía miedo a la calle, ni a los autos que circulaban por ella. Tampoco a que la gente se burlara de él, como cuando era chiquito y su mamá lo defendía. Ahora iba a mirar a la gente a la cara, él ya no le temía. Además, el doctor le había explicado que su madre, que ya no estaba más, podía seguir viviendo dentro de él y protegiéndolo tal y como él lo hubiera deseado que lo hiciera siempre. Ahora él actuaría como debiera haberlo hecho ella, de haberlo querido y cuidado como él siempre soñó. Su madre no iba a volver a la vida.

Debía cuidarse solo. Solo.

El Doctor le había enseñado a asumirlo.

Se puso el saco verde tejido por su madre, apagó la llave del gas, cerró todo con cuidado, echando insecticida en todos los ambientes antes de clausurarlos y salió, encaminándose con paso corto y ligero hasta la pequeña puerta pintada de negro brillante que separaba su mundo del del resto de la gente.

El portoncito del jardín le cedió el paso, doblegado por la violencia con que lo empujara.

Una vecina lo vio transponerlo y giró sobre sus pies, apuntando con la manguera para otro lado, evitando el mirarlo.

— Bien, a vivir, Rogelio Estévez... Usted vale tanto como cualquier otro ser humano. ¡Hágase respetar! No tema a nadie... ¡a nadie!
— La voz del médico lo alentaba desde el fondo de su cabeza.

— No le tengo miedo a nadie... mi mamá no está para cuidarme, pero yo lo haré muy bien. Mejor de lo que ella lo hizo jamás. Yo lo haré mejor de lo que ella lo hizo. Soy un hombre nuevo. Nuevo...

Dos jóvenes pasaron a su lado en sendas bicicletas, riendo a carcajadas.

— Se burlan de mí... Pero no saben que ya no correré a esconderme en casa... ¡Nunca más! Ahora me respetarán, como dijo el doctor... ¡Así debía haberme defendido mi mamá!

La 22 salió brillando impecable de adentro de su bolsillo. Le calzó con movimientos inseguros el cargador, después de desenvolverlo de la franela en que lo mantenía.

Su esquelética mano dejó de temblar mientras presionaba —sin parar— el gatillo.

El era un hombre nuevo, se lo había dicho el doctor: ya estaba capacitado para cuidarse solo. Lleno de satisfacción hinchó el pecho, respirando hondo.

Siguió caminando calle abajo, sin reparar en el horror que despertaba a su paso.

El era un hombre nuevo.

Un hombre nuevo. Y lo iban a respetar como él siempre había deseado que lo hicieran.

Teresa del Valle Drube

Lauman

Tafí Viejo (Tucumán) – Argentina

Soledades

El silencio adormecido del atardecer de Otoño le agujereó las venas, haciéndole sentir miedo. La soledad y el miedo son compañeros.

Pesaban las bolsas con las inútiles compras. Hacía tiempo que el desasosiego crecía en su interior y de nada valía intentar llenarlo con cosas que sólo hacían bulto y peso. Cosas que al poco rato no satisfacían y necesitaba adquirir otras nuevas en inagotable demanda.

Miró detenidamente para todos lados

antes de meter la llave en la cerradura: sólo los árboles, con su cálida mudez, y algún perro tan sólo como ella.

El barrio tiene esa tranquilidad que se rompe con los gritos de los niños; con alguna música que destruye el buen gusto. Que lo quiebra un furioso ladrido o el destemplado bocinazo apurando a alguien.

Barrio tranquilo donde todos conocen los secretos de todos. Donde todos se aman y se critican. Y se envidian y son solidarios.

Ella vivía en él desde hacía veinticuatro años, cuando llegó desde Catamarca para trabajar y estudiar. Se enamoró del lugar en cuanto lo vio, quizás porque le traía reminiscencias de su provincia natal.

El teléfono. Se apuró para llegar a tiempo y atenderlo.

— ¿Hable...? — Ya habían cortado. Observó el indicador de llamada: el número

le era desconocido. Marcó su clave, buscando a ver si le habían dejado algún mensaje. Nada. Y era la única llamada del día. ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Quién se acordaría de ella?

Tiró la cartera sobre la cama, se quitó el abrigo y se encaminó a la cocina. En ese preciso momento sonó nuevamente el teléfono. Volvió corriendo a atenderlo.

— ¿Hable...?

— ¿Sonia...? ¿sos vos...? ¿Cómo estás, Sonia...? ¡No podrás creer quién te está llamando! ¡Ha pasado tanto tiempo!

No era Sonia. Ella no era Sonia.

— ¿Quién habla...?

— Adiviná. O, mejor dicho, acordate a quién dejaste esperando tu regreso y nunca volviste.

— ¿Que volviera adónde...?

— Por Dios, no me digas que me has olvidado tanto... Dejame seguir creyendo que he sido importante en tu vida. Que no te has olvidado de nuestros besos, de lo que me prometiste... yo sé que ha pasado mucho tiempo —años—pero... no puede ser.. Acabas de destrozarme el alma de nuevo...

Se oía dolido, con dolor auténtico de heridas no cerradas.

— Perdón... pero no soy Sonia — balbuceó — Está equivocado.

Su voz sonó tan sentida que le resultó molesta. Colgó el auricular con fuerza y se cruzó de brazos abrazándose. Quedó mirando el auricular con tristeza.

¡Pobre hombre...! ¿Quién sería esa Sonia que le había hecho tanto daño?

Podía adivinarlo sufriendo por tanto tiempo, esperándola, buscándola. Buscando el olvido, la muerte. Ella jamás había sentido

así; sabía que existía gente que amaba de esa manera, aferrándose al recuerdo, al pasado y que no olvidaba. Pero eso no era para ella. Eso no entraba en sus planes.

Abrió la heladera y sacó un yogur. Se ubicó frente a la computadora, tenía que terminar unos trabajos. Pero no podía concentrarse.

El identificador de llamadas encendía y apagaba su lucecita roja. La voz repetía en sus oídos: «¿Sonia? –Acabas de destrozarme el alma de nuevo...– ¿Sonia?– ¿Quién quedó esperando que volvieras y nunca lo hiciste...? – ¿Sonia? – Y yo que creí que había sido importante en tu vida...–¿Sonia?... ¿Sonia?... ¿Sonia?»

«Importante en tu vida... Importante... en tu vida...»

Ella estaba segura que jamás había sido importante en la vida de nadie. Y nadie había

sido importante en su vida. Jamás.

Bella e inteligente, sólo había conocido los placeres que da la carne, nunca el sufrir hasta la agonía por el amor de alguien. Creía haber manejado su vida de una manera racional y se hallaba muy orgullosa de ello. Mas, desde algún tiempo atrás, un vacío oscuro, profundo, se iba adueñando poco a poco de su ser.

En unos días cumpliría cincuenta años. Se miró en el espejo: cincuenta quilates de mujer.

Había pedido licencia por tres meses; pasaría el cumpleaños en su provincia, con su anciano padre y sus dos hermanos. Por lógica tendría que bancarse a su cuñada Ernestina y a sus desagradables sobrinos.

De allí partiría a Europa... sesenta y tantos días de placer. ¿Placer en un viaje solitario? No sentía ansiedad: su espera era,

simplemente, fría. Como ella.

El identificador seguía latiendo. Pulsó «arriba» y le dio, claramente dibujado, el número desde el que la desolada voz había llamado.

Su largo dedo se posó –casi con timidez– sobre «discar»; en la pequeña pantalla se escribió «levantar el tubo». Lo levantó temblando, para oír la voz de la computadora... «que el número solicitado no corresponde a ningún abonado registrado...»

Cabina. El había llamado desde una cabina pública. Había derramado su dolor de tanto tiempo ¡desde una maldita cabina pública!

Sintió una rabia creciente que no sabía a qué atribuir. ¿Cómo sería él? Comenzó a dibujarle un rostro, luego otro.

Volvió a la computadora. No podía concentrarse. «...dejame seguir creyendo que

he sido importante en tu vida...»

Amaneció gris el día de su viaje a Catamarca. Durante toda la noche no ha podido separar de su cabeza la voz modulando el nombre de «Sonia» en infinitos matices de nostalgia, de desespera, de desamor...

¿Y si alguien la hubiese querido tanto y ella jamás se enteró?

¿Y si cuando le dijeron «te amo» y ella no creyó o no sintió amor, el otro hubiese quedado pegado a su recuerdo, sufriendo por ella, esperándola...?

¿... y si hubiese alguien esperándola en algún punto de su pasado...?

El micro partió de la terminal en medio de saludos, sonrisas, lágrimas. Encargos de último momento. Nadie estaba allí por ella; le pesó la soledad hasta agobiarla. Cincuenta años. No era vieja. Tampoco joven. Pero sí

era una mujer sola.

Tan sólo una mujer sola.

Y que ahora cargaba con el recuerdo de una desconocida soledad.

Sonia Figueras

Cdad Autónoma de Buenos Aires – Argentina

Conversando con Gastón

Se ligó su teléfono y del otro lado de la línea una voz de niño, algo altanera, preguntó inquisidora si era la tía Mariela. Parecieran tener la voz igual.

Desde entonces siguieron conversando en plenas confianzas. Había algo raro en él. Un dejo de resentimiento, un poco de celos y bastante de envidia. No llegaba a meter baza ya que hablaba de corrido y apenas le permitía un bocadillo cada tanto. Se preguntó cuándo podría hacerlo. Le interesaba, intuía algún problema. Su oficio le incitaba a continuar esas pseudo conversaciones.

En la primera de ellas, le preguntó el nombre – Gastón - y le contó que tenía un libro en la mano pero pasaba las hojas una por una. (Gastón no leía).

Esa tarde de primavera adivinó su pelo cobrizo brillante por la luz que entraría por la ventana. Estaría sentado en ese altillo «detestado» y miraría hacia afuera. «Él vería mucho desde ahí, de lo que quería y no quería ver. Le hablaba de los regalos del tío Guille, los libros que le trajo la tía Mariela y cajas con la ropa de invierno que eran justamente odiadas. ¡Tantas! En cambio habían objetos que le conformaban y mucho, las ropas que le compró mamá y el planisferio que le trajo su papá para su cumpleaños.»

- ¡Ese interlocutor! discernía la oyente

-Desde la ventana del altillo, medio detrás del jacarandá que me acompaña las

tardes y me esconde tantas otras, miro jugar a los chicos en la calle. Hay uno que hace girar un trompo. Pienso que es muy grandulón el pibe ése para jugar con el trompito. Otro tonto se raspa las rodillas de tanto arrastrarse y jugar a las bolitas. Seguro, me juego, no tiene el bolón de colores como el mío, que es verde con rayas rojas, seguro

que no lo tiene - le dice. ..Y las chicas... tan tontas. Las chicas, como siempre empujando cochecitos y muñecas jugando a la mamá, haciéndose las grandes. ¡Qué tontas! repite. Una nena de trencitas largas hace roles y verticales. ¿No se habrá dado cuenta que se le ve la bombacha? Sigue de corrido, como si del otro lado de la línea no hubiera quien escuchara,

-Ah, es la única respuesta que concibe.

- Si por lo menos se hubiera puesto

pantalones se luciría más con su vertical tan perfecta, justo en perfecta vertical.

Ella se dice que miraría jugar a los chicos como al descuido, como casi de reojo y en su descuido mirar se embelesarían sus deseos. En tanto entrevé, por el balbuceo, que sus ojos se empañaban.

La plática continua otros día y en una muy lluviosa, le dice, triste, que muy a pesar suyo, la ventana del altillo es su compañero leal.

Los días, con sus mañanas, sus tardes se suceden con la misma tónica y Fernanda imagina una cabeza ensortijada cargada de resentimientos y una obligada aceptación.

Ahí estaba esa voz, la voz cotidiana que se repetía, que le hablaba incansablemente y exclamó finalmente - ¡la silla en que estoy atado no me permite jugar!

Fue entonces cuando conoció la génesis del problema.

Sonia Figueras

Cdad A. de Buenos Aires – Argentina

De fantasmas y otras formas

Cómo entrar sin miedo y ser valiente. No pensar en un instante más allá. En ése que aterra y te deja paralizado, sin habla. Cómo no entrever la cara de Vilma, la más perfecta de la perfección. Los chicos nos deslumbrábamos con ella, la agilidad para saltar los charcos, más que nosotros, sabe que nos despierta admiración, envidia, se esmera y despliega esa habilidad que muchos no tenemos. Quiere participar, Juancho le dice que ella no viene con nosotros. Se enoja, pero nos ponemos de acuerdo. La aventura es difícil y no nos arriesgamos a que venga.

La casa en medio del caserío deshabitado,

tiene el desasosiego de aquellas noches de la luz mala en que pequeño y sin saber por qué, hacía la cruz para espantar al mal agüero. En incursiones anteriores llegamos hasta la verja con verdín que hacía de puerta y ninguno se animó a entrar... hoy sin Vilma...quizás con ella hubiera sido mejor... pero la decisión está tomada.

- Vamos muchachos, dice Manuel. Los otros, los muy cobardes, a la retaguardia. A la cola de Manuel, me fortalezco. Pobre Manuel. Tiene tanto miedo como yo. Se le escapan las zapatillas del susto. Sapos verdinegros como pelotitas de goma, se esconden en el verdinegro de las matas, movimientos me rodean. Son ratas, digo bajito y me estremezco a cada zanco. No me rindo. Sigo adelante de mis huestes que abandonan la retaguardia. Voy con los eternos miedos pegajosos de plasticola desparramada. Los otros, de lejos, me gritan

- que no, Leo, que no, que no vayas. Acordate de la última vez, el hombre nos corrió con ladrillos y con un cuchillo.

Mas, David, voy al encuentro de Goliat, con mi honda, cuatro piedras - una me da Manuelito - y tengo como cinco. Me dijeron que David era chiquito y Goliat era muy grande y nadie podía con él. Pero si el hombre de las piedras me tira una, yo también lo asusto y le doy un hondazo.

No se explica su existencia y el no. Fluctúa en la búsqueda de la razón de la vida. Del increíble misterio de estar vivo y de repente, de qué forma un individuo deja de ser respetable. No le encuentra sentido alguno. Pasa por diferentes estadios, entra en la nada y la nada es él vacío. Leo se dice, no nací para ello....alguien, un sabio maestro me sentenció una vez «ante el dolor no hay consuelo sino dolor», y ellos me necesitan, me necesitan, repite.

Un mareo le da vueltas en la cabeza que gira y gira .De pronto lo lleva al infinito un hilo transparente que solamente él ve. Un hilo fuerte que le da tirones y le hace dar movimientos espasmosos tal un «muñeco pedroso» de un circo con espantajos que sólo él ve, y si lo cuenta, se mofan de él. El temblor de sus labios no para y él no cesa en el temblequeo. Alcanza con sigilo a llegar a la puerta - ¿de verja?... El hombre aquel no aparece. La empuja, esa puerta del infierno que lo intriga desde siempre. Desde chico. Obedece la puerta que lo espera. Leo supone que detrás de ella se esconde el secreto, su secreto, el misterio Entra. Y se queda quietecito.

Sobreviene la pregunta que cada tanto lo atenaceo ¿Hoy quién es? ¿Es el Leo de la barrita, la del Industrial, o es el médico del hospital al que tienen atado por sus tobillos en la cama con un suero que penetra sus

venas?

– Ay, que me duele, dice. Oye voces - no vayas, quedate Leo, otras, acompañan manos suaves que tocan su cuerpo, lo dan vuelta como un panqueque, secan su sudor de plasticola sobre ¿un lienzo verdoso? Se queja. Está en una cama. Sombras verdinegras lo rodean, circulan a su alrededor. El tirón del hilo tironea menos. El hombre de la casa, a su derecha, lo espía. Ha cambiado el color de su pelo, ahora es blanco. ¿Es el pelo? ¿Es un gorro? Cuál es este personaje, entreabre los ojos y quiere descubrir. A pesar de la luz de una lámpara que desde el techo lo obnubila detecta un gorro blanco y un par de lentes que habla.

- Ah, los lentes hablan y el individuo sin escopeta ni piedras. Vamos mejor, Manuel, Manuel... Manuel no contesta, es otro, es el del gorro blanco que acerca los labios a su cara y comienza a atemorizarse. Con lo bien

que la estaba pasando con esas manos suaves. ¿Vilma? ¿Es Vilma, acaso, la saltarina Vilma que se aleja en una nebulosa? Intenta moverse, acudir a buscarla, a ella, la reina de sus ensueños. No hay pastos verdinegros ni charcos barrocos y no es el sol que lo obnubila, no hay respiración en lado alguno y la niña saltarina ha desaparecido.

Un par de tijeras apunta a su pecho, le quema, le arde. Sudor helado lo cubre, parece que las sábanas se le han pegado al cuerpo. Abre un ojo, un sólo ojo.

- Hola Leo, despertate. Ya te operamos. Descansá tranquilo. ¡Mirá que andar por los andurriales y caerte en un pozo! Cosa de chiquilines ¿qué buscabas en casa ajena, sapos?

- No, balbucea. Sapos no. Al fantasma con patitas.

- Leo, otra vez el fantasma te persigue.

Y Leo, aunque mezcle la infancia con la adultez, que la lámpara del quirófano lo ciegue, Vilma sea un recuerdo en el tiempo, se caiga en un pozo, enferme infectado, termine en la cama de «su hospital» y además lo pinchen, duerman, cosan, los hilos sean tanzas, huela el alcohol que lo marea, soporte con paciencia el sonsonete, la burla sus compinches, que lo reten porque anda detrás de «ese fantasma con patitas»...su colega sabe que seguirá luchando contra el dengue, con los otros profesionales de su equipo mientras pueda, en tanto tenga vida y fuerza. Está en el lugar de sus sueños dormidos. En el de los desconsuelos, imbuido de que para paliar las miserias que duelen, en el que la aflicción puede alivianarse y olvidar antiguos intereses. El milagro de vivir la vida, no merece, de otro modo, ser vivida.

Leo, adolescente del industrial, el Leo del quirófano del hospital, no ha cambiado su esencia.

Diego Martín Lanis

Cdad Autónoma de Buenos Aires - Argentina

Ambos nos descubrimos en una situación poco feliz

Giró el picaporte de la puerta. No abrió. Se alejó y emprendió una carrera a toda velocidad para impactarla. Se detuvo.

-Pasa, pasa- le dijeron mientras le abrían.

Sus fosas nasales se agrandaron. Tosió.

Retrocedió unos metros hasta encontrar un pasillo. Caminó por él hacia el fondo. Abrió la ventana y saltó.

El hombre, que esperaba detrás de la puerta empezó a correr. Golpeó contra la pared y cayó desplomado. Tan pronto como pudo se levantó. En el piso tirado un cartel. Baño en reformas.

Juan Carlos Masochi

Mar del Plata (Buenos Aires) - Argentina

El conventillo

Cuando vine de la colimba, iba seguido al conventillo de la calle Marconi. Me había hecho amigo del Telo García, un vago y putaniero de ley. Él vivía ahí con su madre. El patio era un lugar de relación, de complicidad, reinaba la solidaridad, siempre había buena onda, charlas, tomábamos mate con tortas fritas, se compartía lo que se tenía. Todos aportaban algo. Se escuchaba música con una radio y si había ambiente se bailaba en la azotea del primer piso. Era un lugar sociable de encuentros, donde se fortalecían los afectos. En definitiva todos eran una gran familia. Algo que yo desconocía

absolutamente. El conventillo es un lugar entrañable. No sé por qué últimamente lo recuerdo tanto, lo recuerdo como si esas vivencias que añoro hubiesen ocurrido ayer. Esto que relato sucedió hace cuarenta y pico de años. Al regresar del servicio militar me había alejado de la familia, por culpa de un cuñado que vivía en casa y me quería poner límites. En realidad nunca nos llevamos bien, para conservar la armonía familiar, decidí irme. Le pedí al gerente de la empresa metalúrgica donde yo trabajaba un mes adelantado, le planteé el problema y me entendió. Por la tarde me fui con las pocas pertenencias que tenía al conventillo, quería experimentar una nueva experiencia y no depender de nadie. Esa tarde cuando llegué, dije que necesitaba por un tiempo una pieza. Me atendió el turco Abraham, que era el dueño y no vivía ahí, enseguida me puso los puntos.

— Usted, ¿Trabaja?

— Si. Dije

— ¿Dónde?

— En la Metalúrgica local.

— Bueno tiene que pagar ya, un mes adelantado que son cuarenta pesos,» Acá no quiero vagos ni quilombo.» Y, hay una regla de oro que la hago respetar a rajatabla. «Todo el mundo sabe todo y nadie sabe nada» ¡Muzzarella!

— Bueno Don, no me apure de entrada, porque soy de pocas pulgas.

— Eso es cosa suya, si le gusta bien y si no se va.

— Bueno está bien, no me queda otra. Tome la plata.

— Ocuparé la pieza diez del primer piso, que está frente a la azotea.

Fueron pasando los días y ya era parte

del conventillo, enseguida me integré como uno más, como dije anteriormente la gente era macanuda, hice amistades nuevas, me sentía cómodo. Eso si permanentemente se sentía olor a fritangas, de día y de noche estaba en mis fosas nasales.

Un sábado, las mujeres en la azotea escuchaban las novelas por la radio que estaba debajo de una parra, después se armó el bailongo entre los inquilinos, la gente ahí se divertía sanamente. La Perla, o Perlita, como la llamaban, que también se alojaba ahí. Papá, decía que era prima lejana a la cual yo no conocía, el viejo últimamente, decía cualquier cosa, ella enseguida me sacó a bailar, la verdad que estaba muy bien, la apreté un poquito, es que ante una situación así uno se inquieta. Perla, posteriormente, me presentó a la chilena, Laura, a quien invité a bailar. Su pieza estaba en el mismo piso que la mía. Mientras bailábamos, me dijo que era

casada, el marido trabajaba en el campo y venía cada quince días, ella lavaba ropa para afuera. Pusieron un bolero del «Trío Los Panchos», razón por la cual tuve que acercarla más, bailar apretadito en realidad tenía ganas de sentirla cerca, ella me respondía en un momento dado entre risas y cantos, me clavó las uñas en la espalda.

Esa noche yo creí que la tenía y le hice una invitación, no aceptó y me dejó plantado. Me dijo que si aceptara eso sería una «traición», mi marido se rompe el lomo trabajando en el campo, para que yo la pase mejor. Bueno la cosa quedó así. Pensaba que a veces hay circunstancias que los impulsos naturales se imponen sobre los sentimientos. Todo es cuestión de tiempo. Fueron pasando los días, y por las noches no podía dormirme estaba obsesionado con los pechos de la escultural Laura. A los pocos días, era un domingo, después del partido que ganó Boca,

para festejar, se armó el bailongo nuevamente. Enseguida no muy seguro, saqué a Laura, quien vino sonriente, bailamos más de una hora, sus senos enormes se bamboleaban, y me rozaban el pecho, me pareció ver que movía los labios como si se le secaran, al bailar cara a cara, noté que sus mejillas estaban ardientes. En un momento dado me dijo.

—Juan, me voy a la pieza estoy cansada, mañana me tengo que levantar temprano tengo mucha ropa que lavar.

Esa noche a una hora prudencial también me retiré, hice coraje y lentamente fui hasta su pieza, que estaba semiabierta; ella estaba parada, con una leve sonrisa se puso un dedo en la boca indicándome que hiciera silencio. Esa noche inolvidable, irrepetible, de común acuerdo hicimos el amor. Ambos quedamos extenuados. Con ella tuvimos encuentros ocasionales. Se puede decir que con Laura,

me hice hombre, me dejó muy buenos recuerdos. Como mujer era excelente. Ella sin saberlo durante mucho tiempo estuvo en mis pensamientos. Después le perdí el rastro. Me fui de ese templo que para mi fue el conventillo. Siempre recuerdo ese lugar como algo sagrado, sobretodo por la solidaridad de la gente. Es que en ese tiempo venir del interior y ubicarse digamos cómodamente no era fácil, el trabajo escaseaba y si uno no dependía de un buen sueldo, la vida se tornaba sumamente difícil. A pesar de todo eso teníamos ilusiones, proyectos de vida, sobretodo para nuestros hijos. Para que aprendieran un oficio o estudiaran. Y, aquí quiero detenerme, y destacar que con el tiempo supe que muchos hijos de esas familias, que conocieron la adversidad extrema, con esfuerzo y sacrificio, se elevaron socialmente, algunos llegaron a ser profesionales. Es que en ese tiempo

estudiar y esforzarse era algo normal para ellos. Tenían metas, ilusiones, esperanzas. No lo tomaban como un sacrificio. Siempre pienso, que esa es la cultura que debiéramos rescatar, la del esfuerzo personal. Pareciera que en lugares como ese, el ser humano, se esforzara para hacer el mundo mínimamente más agradable.

Rusvelt Julián
Nivia Castellanos
Ibague – Colombia

Hackers

El ingeniero de sistemas, quedó preso en su conciencia. Hace diez años, sufrió dicho percance. Esto se dio, porque inventó un programa de realidad virtual. Las características del sistema binario, fueron entonces de lo más caóticas. Las reglas abstractas de aquí fueron las reglas físicas de allá. El constructo social de allá fue la soledad de este mundo de aquí. En este idéntico embrollo de ideas; el creador se supo como una máquina de ciclos cuando comenzó a manejar aquel programa, pero él no se daba cuenta de tal particularidad. Poco a poco,

vivió quieto en el plano corporal. Sobre lo paradójico, se sentía estresado en el plano dimensional. Creía moverse rápidamente. Con la mente, traspasaba un montón de ventanas. En este sin modo, su mundo material fue volviéndolo lentamente un círculo repetitivo. El ingeniero a lo consecutivo, no quiso salir más a la calle de la gente. Dejó de visitar hasta su familia. Ya casi ni comía nada saludable. Iba a la tienda por obligación nomás. Su obsesión era estar siempre en ese artificio. Incluso, olvidó ir adonde los amigos. A tal extremo llegó, que abandonó a su novia. En menos de un mes, perdió el recuerdo que tenía de ella. Hacia lo desbocado; se fugó de las rutinas urbanas, se distanció del universo. Por lo pronto, buscó una galaxia entre una cosa cuadrada. Bajo lo incierto, pretendió encontrarla en una simple irrealdad y lo peor del caso es que en esa irrealdad, sigue metido este hombre, sin dar aún con la escapatoria.

Rusvelt Julián
Nivia Castellanos
Ibague – Colombia

La luna del fuego blanco

Durante esta tarde velada, la luna vuela prendida en un fuego oscuro, así la observo yo desde la ventana de la habitación circular en donde yo me sé con depresión. Ahora, bajo la mirada al frente mío y por allí de cerca evidencio a los niños del encantamiento atardecido. Ellos están felices escondiéndose en los rincones de este barrio misterioso. Algunos de los jovencitos, nomás acaban de juntar sucesivamente sus caras ruborizadas, mientras ellos van y vienen y siguen besándose lindamente, adentro del parque del otoño, que hay recreado al frente del

hogar de apariencia campestre en donde yo vivo. Un poeta fantasma me divisa entretanto con sus ojos de íntima ternura. El lirista me examina desde lo lejos y entonces por estar detallándome, hoy él deja su inspiración para otro tiempo, más vivo en versos de bondad. Entre otras cosas extrañas, descubro que el cielo sigue bañado de cenizas, por lo tanto, sigue suave de melancolía. Hay también mucha gente asocial, sufriendo la soledad del espanto, debido al desapego en este barrio. Ellos van lanzado burlas contra sus amigos artistas y ellos van vacilantes por entre los caminos de esta ciudad borrosa. Son muchos los paseantes solitarios de este día nublado, quienes van solos recorriendo los andenes. Van ellos cabizbajos con sus caras mal humoradas y van ellos mal con sus muecas rabiosas. Y que feo lo que acaba de pasar; un niño es tumbado del triciclo rojo y suyo en el cual iba montado felizmente hacía un rato.

Sin nada de duda, le botaron su inocencia contra el gris asfalto. El niño iba rodando antes por un sendero de rosas. Jugaba a las carreras veloces en este parque de árboles deshojados. Más luego del tiempo él fue arrojado del cacharro, luego de un puñetazo bestial, que recibió a traición. El niño entonces, sufrió el áspero golpe, como si su humanidad fuera un muñeco de trapo inservible. Ahora él llora un poquito, entre los paisajes de esta realidad imperfecta y yo lo espío con mucho cuidado.

El mismo sardino flaquito, quien siempre me ha gustado, se levanta ya de pronto de la agreste caída. Eso quedó todo lleno de raspones. Al otro tiempo, mira al ladrón de juguetes correr por un portal incierto. El desquiciado se va como hacia un túnel claroscuro. Y con extrañeza, mi enamorado advierte de que su triciclo, no está al lado suyo. El ratero se llevó de un solo zarpazo,

su más valioso divertimento. Así que el hombre malvado, debido a su sagacidad, se fue yendo de bufón con la máquina. Se alejó de allí, forrado con una máscara de payaso, burlándose de lo más victorioso, entre sus risas maléficas. Este maldito, así pues así, anda feliz en la otra dimensión, por haber hecho llorar a mi niño de pelos negros, por haber dejado a mi chiquito, lleno de moretones.

Mientras tanto yo sigo sola, viendo todo este drama indecible, junto a la ventana de mi casa rosada. Y los otros andantes dispares, siguen sin hacer nada, sólo se saben chistosos por ahí sin pensar, sobre el robo alocado, mal causado contra el lindo niño. Es apenas un chico recién abandonado a quien la acaban de robar la fantasía. Además este gentío, ni hace bulla, ni ayuda al peladito bondadoso, entre su tristeza suya, pero ella efímera. Así por esta sorpresa, yo me tiro al cielo brumoso,

desde mi cuarto y desde la ventana, otra vez abierta. Caigo aquí de golpe sobre el prado mojado con las lluvias pasajeras. Al rápido instante, corro como despavorida para ir a auxiliar al morenito hermoso. El pobrecito aún está sin la compañía de alguien bondadoso y aún está sin el arrullo de alguna esperanza. De momento descubro es la tempestad del universo, veo es a los crepúsculos sin días, sin muchos rayos de soles rayados. Entre las hojas muertas de los árboles; veo es la palidez decolorada en este jovencito, bajo la sombra de las enramadas.

Ya más y más después, menos mal me acerco a ti y por fin te acojo con regocijo, mi niño bonito. En encanto rodeo tus brazos flojos con mis brazos de suave hermosura. Te abrazo así amándote con mi única blancura de mujer preciosa. Te seco devota, tus lágrimas, mi lindo. Limpio tu agua del alma con mis dedos débiles, todos sensibles.

Y yo sigo aún enamorada de tu pureza infantil. Así entonces galán tú, mi niño adorado, mejor esperemos a solas por algún milagro verdadero, aguardemos mejor rejunto, una búsqueda de tiempos más calmados, sin más inútiles guerras, sin más muertes horrendas. Asimismo, trata de calmar la soledad tuya y aquieta la soledad mía, una soledad sola de nuestra intimidad.

A mi seguido sentir de dulzura, mejor soñemos unidos juntos; queramos que no haya tantos desamores incautos; hoy a lo íntimos en compañía; imaginemos que hay más amores vivos. Intentémoslo, pese a ver las hojas grises, recién esparcidas por los árboles, cayendo sobre nuestras cabezas de pelos enredados. Entre tanto tú, mi niño de brazos calientes, para lo sublime, te vienes hacia mí y te recuestas sobre mis pechos de queja. Me acoges con dulzura. Así nomás, abajo de un leve suspiro, ambos entonces

miramos amados, hacia otro día mejor, hacia un día más inmortal, ansiado de poesía en mí y lleno contigo en romance, mi niño humano. Y claro el poeta fantasma; se aparece fulgurante otra vez, ya nos sonrío y nos protege, atrás del otro cielo espejado; mientras la luna mágica, nos baña ahora en luz celeste, mientras la luna llena, se nos prende ahora de fuego blanco.

Carlos F. Pérez de Villarreal

Mar del Plata (Buenos Aires) - Argentina

Parafraseando a Julio Cortázar

Es un aparato negro (aunque dependiendo del status social, puede ser de diferentes colores y variados modelos), de bakelita, brillante; cuya base de aproximadamente 20 x 20 cm. se eleva armoniosamente en forma curva hacia una pirámide truncada que termina en una Doble T.

Esta sirve para apoyar el «elemento movible», denominado vulgarmente «tubo» y que en realidad es el comunicador-receptor.

Este tubo de aproximadamente 30 cm. posee en el centro una especie de agarradera por donde se lo toma.

En su extremo anterior lleva un auricular insertado por el que se escucha, con su tapa agujereada de pequeños orificios. Aproximadamente diez.

En su parte posterior posee un magnetófono para hablar, que termina en una protuberancia con cinco canales labrados, permitiendo de este modo, dejar pasar la voz.

El tubo está unido a la base por un cable (también negro) rizado en tirabuzón. No pocas veces este rizado se dobla, provocando imprecaciones por parte de quien usa el aparato, ya que no es fácil volverlo a su lugar y se enreda (y si no lo creen inténtenlo).

La Doble T lleva incorporada una tecla con un resorte interno que permite que al colocar el tubo sobre ella, el mismo se comprima interrumpiendo la comunicación y si la soltamos, se descomprime,

permitiendo comunicarnos.

En uno de los cuatro lados de la base (preferentemente debe ser el que está frente a uno), posee un disco con diez agujeros redondos, calados, del tamaño del dedo índice, que al girar -teniendo un tope metálico y un resorte que lo devuelve a su origen-, permite discar.

Este disco gira sobre otra pequeña base marcada a su vez con los números 1 al 0 (es decir: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 0) que en descanso coinciden perfectamente con el disco en cuestión.

Estos agujeros permiten introducir el dedo índice derecho (o siniestro si se es zurdo, entendiendo esta última acepción como la otra mano que no es la derecha y no la de la ideología), cuando se requiere marcar un determinado número y establecer la comunicación.

Suelen emplearse aparte del dedo índice, los otros dedos de las manos (menos el pulgar porque no entra y es complicado su uso) y diferentes elementos como: lápices, lapiceras, horquillas, escarbadientes, agujas de tejer... y todo lo que se le pueda ocurrir que sirva para tal propósito.

Un cable especial sale de la base y se conecta con un terminal de la línea general que normalmente es externa y aérea.

Al sonar la campanilla interna de este aparato -colocada especial y estratégicamente en la pirámide-, con un sonido característico (ring... ring... ring...) Ud., percibirá que alguien quiere comunicarse.

No deje pasar más de seis ring, porque posiblemente la persona que lo llama creerá que Ud. no está e interrumpirá la comunicación (la carrera o marcha hacia el aparato dependerá directamente en forma

proporcional a la distancia que los separa).

Si se encuentra en óptimas condiciones, levantará el tubo suavemente, lo llevará a ciento diez grados aproximadamente y colocará su oreja y su boca en los lugares correspondientes (al revés sería contraproducente), emitiendo un ¿Holaa? Esto establecerá la comunicación (por supuesto si no le cortan).

Si Ud. está exaltado, nervioso o malhumorado, puede levantar muy fuertemente el tubo y lastimarse la oreja, o la boca. Alguien puede luego encontrarlo con hielo sobre la cara y el aparato roto sobre el espejo del trinchante o bahiú, espejo que por supuesto también se encontrará roto.

Al establecerse la comunicación, esta puede ser interesante, banal o simplemente chismosa, del tipo de:

-¿Viste lo que le pasó a María...?

Ud. piensa: ¡Lo sé, pero capaz que vos sabés algo que yo no sé!

Y responde con toda sutileza:

-¡No! ¿Qué pasó...?

Y esto es todo.

Este aparato suele ser útil y como toda herramienta, dependerá de su uso si es conveniente o no para nuestro confort y calidad de vida.

¡Ah, Me olvidaba!, se denomina **TELÉFONO.**



Teléfono antiguo de bakelita negra

Carlos F. Pérez de Villarreal

Mar del Plata (Buenos Aires) – Argentina

TOC: Orden

Carlos era extremadamente ordenado. Tan extremadamente ordenado que prácticamente vivía enajenado con el control del orden en todo sentido: horarios, comidas, visitas, ropa, utensilios...

Ya había tenido problemas en su trabajo, e incluso familiares; pero era más fuerte que él: debía ordenar. Vivía acomodando y acomodando lo acomodado.

Era un «ordenador»; las cosas que lo rodeaban debían estar dispuestas rígidamente como él las acondicionaba. Por supuesto esto incluía distribuciones perfectamente simétricas y horarios a

cumplir a rajatabla.

En principio, pensó que era solamente una manía, o un ritual, como muchos otros que podemos tener los seres humanos, pero poco a poco se fue convenciendo que era algo más y comenzó a tratarse psiquiátricamente con un profesional, el cual lo llevó a una terapia conductista, que finalmente derivó en fármacos.

Ninguna de las dos posibilidades dio resultado (vaya uno a saber porqué).

La cuestión es que Carlos dejó de trabajar, casi de salir y comenzó a vivir prácticamente, encerrado en su casa.

Por supuesto, su mujer (un poco alterada) con la excusa de que su mamá no estaba bien de salud, partió a verla un domingo por la mañana y no volvió más.

Su hija, un sábado por la tarde, salió con su novio, dijo: «*hasta luego*» y

«desaparecieron en acción» los dos. Nunca más se los volvió a ver.

Su hijo mayor -era el único que lo acompañaba-, encontró trabajo muy rápidamente (algo que siempre le costó hallar). Logrado ese objetivo, un lunes por la tarde, aparentemente se olvidó de regresar.

Así Carlos, un día, quedó solo...

Eso sí, preparaba su desayuno exactamente a las 8 de la mañana, almorzaba justo a las 12, tomaba mate (como el five o'clock) a las 5 de la tarde, cenaba a las 8 de la noche y dejaba todo dispuesto. Cada cosa en su lugar. Ordenar sobre lo ordenado.

Todo venía desarrollándose casi normalmente, pero algunas fallas lo hicieron darse cuenta que el accionar del común de los mortales, no coincidía con el suyo, en nada. En esos momentos se desmoronaba.

Su pasatiempo favorito eran las series

televisivas que pasaban exactamente a las horas indicadas. Una tarde (vaya uno a saber porqué), una de las películas se atrasó 5 minutos. Fueron fatales, casi rompe el televisor y aunque no lo hizo (porque pensó que después tendría que limpiar todo y ordenar), se desestabilizó.

Su angustia era tremenda y su desasosiego, feroz.

Tomó una determinación.

El tema, importante por sí mismo por las implicancias que pasaron a futuro, es que, pasado un tiempo, su mujer en contacto con sus hijos, decidieron visitarlo para ver con que se encontraban.

Sorpresa mayúscula: para variar, todo ordenado, todo en perfecto orden, sin una mácula de polvo ni ningún objeto fuera de su lugar correspondiente... pero Carlos no estaba.

Revisaron la casa, las habitaciones, el living, el baño, la cocina, el patio, el jardín y nada. Carlos no aparecía.

Todo estaba intachablemente dispuesto, pero aparentemente el marido-padre-suegro se había evaporado.

Dieron aviso a la policía, se lo buscó en los hospitales, las clínicas, las iglesias, hasta en la morgue... y nada.

La familia volvió a su normalidad -ocupó nuevamente la vivienda-, hasta que la misma fue interrumpida, cuando comenzaron a embalar las pertenencias del dueño de casa, presuntamente desaparecido.

En un rincón del placard, bien escondido -arriba de unas remeras muy bien ordenadas-, limpio, almidonado, planchado y doblado en «perfecto estado» se encontraba «guardado»...Carlos.

Carlos F. Pérez de Villarreal

Mar del Plata (Buenos Aires) - Argentina

La Diosa del Árbol

El «árbol» era inmenso, extremadamente inmenso. Su circunferencia medía centenares de metros y su altura sobrepasaba las nubes bajas que se aletargaban en el frío invierno.

Ninguno de los clanes que vivían allí, sabía desde cuándo estaba; para muchos siempre había existido, lo consideraban eterno.

Se veía desde distancias enormes, ya que la planicie en la que se encontraba, permitía ver su inconfundible silueta desde varios kilómetros a la redonda.

Sus ramas sobresalían en todas las direcciones y cobijaban a casi toda la

humanidad que vivía en la región.

Su Diosa era la de todos.

Nadie la había visto completamente, ni había hablado con ella... pero sabían que existía. Una rama retorciéndose con forma de mujer... una cabellera rubia llena de hojas que caían lentamente... unas manos «de corteza» que se movían acariciando la rugosidad de algún tallo... unas orejas puntiagudas nunca vistas... Retazos de un ser que se movía sobre el árbol, formando parte de él.

Eso era lo que habían visto algunos y se contaba en las largas reuniones de invierno, cuando el frío y la lluvia arreciaban.

Era una cuestión de creencia que se enseñaba a los más jóvenes, para que transmitieran el mensaje: la *Diosa del Árbol* protegía a quienes creían en ella.

Y este fue pasando de generación en generación, hasta que llegó a mí desde pequeño.

Por ese entonces, mi padre era el jefe del *Clan de los Corredores*, llamado así, por la velocidad y resistencia de sus hombres, mujeres y niños, en las largas travesías a través de la llanura.

Siempre cobijados por el inmenso espécimen vegetal.

De muchacho -al trote-, paso especial que habíamos desarrollado, recorría su circunferencia, dándome cuenta que cada vez era más grande. Sin cansarme, tardaba tres soles en hacerlo. Al año siguiente eran tres soles y medio y así en forma sucesiva. De adulto comprobé que ya tardaba casi una luna en recorrerlo.

La rugosidad de su corteza era suave caricia en mis manos. Sus ramas, enormes,

pendían como un techo en las alturas, dando sombra en verano y calor en invierno. Sus hojas, verdes y azuladas nos transmitían paz y fortaleza.

Amaba ese árbol, era la madre de mi tierra, era todo lo conocido.

Y amaba a su Diosa.

Me encantaba escuchar las historias de quienes creían haberla visto.

Era mi anhelo más ferviente el poder encontrarme con ella algún día.

Y al final sucedió...Hallándome en el lecho de mi vejez, tuve una visión: una hermosa mujer con sus cabellos al viento, desenredándose de una rama, con sus peculiares orejas y mirándome con esos ojos tan propios, se acercó a mí cuerpo.

Extendiendo sus manos y tocándome el pecho dijo:

-Al fin me conocerás. Al fin vendrás conmigo, pero algo tendrás que dejar a cambio.

-*¡Que es!* –dije anhelante.



-Tu
inmortalidad,
h u m a n o .
Tendrás que ser
mortal y morir.

-*¡Que así
sea!* –exclamé
gozoso.

Y así fue
como sin
saberlo, yo
también forme parte del Árbol y me
incorporé a él.

Savia de savia, esencia de esencia...

Giancarlo Sasso Fernández

Montevideo - Uruguay

Dona Bertha

La tarde transcurría con normalidad, nada hacia suponer que sería una tarde diferente a las demás en mi pueblo, tranquilas, calladas y sobre todo eternas, que largas eran las tardes cuando todos se tiraban a dormir la siesta luego del almuerzo para escapar al intenso calor agobiante que el verano hacia sentir por las tardes, no se veía a nadie en las calles, el pueblo parecía desierto y solo de tanto en tanto se escuchaba pasar algún auto por la carretera.

Serian las cinco ya, calculo porque el sol no pegaba tan fuerte y los comercios abrían sus puertas nuevamente para retomar la

actividad, estaba con mi primo Juan que vive en la casa de al lado, apoyados en el muro, viendo a la ruta, cuando notamos que nuestros amigos iban a la canchita de tierra con la pelota abajo del brazo, bastó una seña con la cabeza para que saltáramos el muro y corriéramos a unirnos a la caravana de niños, la canchita quedaba a un par de cuadras de mi casa y la habíamos forjado a trajín de pelota y corridas, no tenía marcas que la delimitaran ni arcos de metal pero todos sabíamos cuando se había ido afuera y cuando había sido gol, no necesitábamos ni un referí para correr tras la pelota y pasar las tardes allí.

Sobre un lado de la cancha y como separando el terreno, la vieja fábrica de jabón que ya estaba abandonada hacia mucho, había una zanja, bastante profunda, que el paso del tiempo y la falta de cuidado habían llenado de pasto y maleza gruesa, donde

siempre bromeábamos con mis amigos que podríamos llegar a encontrar dinosaurios de tal estado de abandono del lugar, ya estábamos llegando y todos corrían a tomar su posición en la cancha, ya sabíamos como se dividían los equipos y quien jugaba en que puesto, cuando sin querer la pelota va a parar cerca de aquel zanjón, corrí en busca de ella y mayúscula sorpresa me llevé al ver allí, tendida sobre el pasto, tiesa y con la boca abierta a la señora Bertha, una vecina que tenía una tienda donde vendía botones, cierres, agujas, lanas y todas esas cosas que las madres y abuelas adoran, no lo podía creer, quedé inmóvil por un momento mientras mis amigos me gritaban que fuera por la pelota para seguir el juego, sólo atiné a mover mi mano y gritarle a mi primo que viniera corriendo, hicieron caso omiso a mi gesto y continuaron gritando para que les tirara la pelota, pero yo seguía inmóvil y con

mi vista fija en la señora Bertha, entonces lo solté de un grito

– ¡Un muerto!!! –

Al mismo tiempo corría directo a la calle alejándome con todas mis fuerzas de aquel lugar, mis amigos al verme huir corrieron detrás de mí sin siquiera mirar hacia la zanja para ver si era verdad.

Llegué como un rayo a la comisaría y entré como loco gritando, el policía que estaba sentado tranquilo escuchando la radio y dejando pasar la tarde para terminar el turno se paró de un golpe y tiró el gorro que tenía apoyado en su cara para que no le molestara la luz.

- Qué, qué pasó – desorbitado preguntaba el policía que no entendía nada, mientras yo trataba de decir algo pero las palabras no paraban de salir de mi boca como una ametralladora, a un ritmo tan rápido que

nada se me podía entender

- Tranquilo, tranquilo – me decía para que no hablara tan rápido

- ¡La señora Bertha está muerta!!! , ¡La señora Bertha está muerta!!! – repetía como un loro sin dejar de correr por la comisaría

- Tranquilo porque te meto preso por venir a molestar a la comisaría – me tomó de un brazo y me sentó para que parara un poco - ¿Qué te pasó? –

Entonces respiré profundo y tratando de modular mis palabras le conté lo que había pasado y lo que había visto en la zanja de la fábrica, él me escuchó mientras me observaba sin decir ni una palabra, hasta que terminé mi relato y me dijo:

- Mas vale que esta no sea una broma tuya y de tus amiguitos porque sino voy a tener que hablar con sus padres, no pueden andar inventando semejantes cosas y

molestando a la policía, vayan a su casa que yo iré a revisar –

Corrí a mi casa mientras el policía con su parsimonia de fin de turno se dirigía a la fábrica, les conté a mis padres lo que había visto, ellos me dijeron que no me preocupara que luego averiguarían que era lo que había pasado.

Efectivamente, al día siguiente el pueblo entero hablaba de la muerte de Doña Bertha, parece que la señora salió temprano a hacer los mandados y su corazón falló cuando iba pasando por la vieja fábrica lo que hizo que se desplomara cayendo al zanjón donde yo la encontré aquella tranquila tarde en mi pueblo.-

Giancarlo Sasso Fernández

Montevideo – Uruguay

El Café

El reloj jamás se les detuvo, cada uno recorrió su camino formando familias, creando vínculos, ganando amigos, siguiendo sueños, pero como un haz de luz que viaja miles de años para llegar a la tierra, chiquito, latente, punzando una y otra vez por salir al exterior, vivía el recuerdo entre dormido de aquel amor.

Un día frente a su computadora mientras trabajaba, Juan se preguntó que sería de la vida de Mariana, casi sin pensarlo y como un acto reflejo a su pensamiento, decidió enviarle un e-mail que decía algo así:

Querida Mariana ¿Cómo estás? hace

tiempo que deseaba saber de ti, espero que no te incomoden estas líneas, pero no pude evitar las ganas de escribirte, aunque el tiempo ha pasado no consigo dejar de pensarte, me gustaría poder vernos, compartir un café y charlar un poco, tengo mil cosas que contarte.

Un beso.

Juan.

Los días fueron pasando sin recibir respuesta de aquella misiva, Juan continuó pensando en ella, pero ya con una carga de desazón al no recibir noticias, hasta que un día, la tan ansiada respuesta llegó, Juan dudó un instante en abrir el e-mail por miedo a la respuesta de Mariana y cuando tomó valor leyó lo siguiente:

Querido Juan, que alegría enorme saber de ti, en más de una oportunidad estuve tentada de escribirte, pero debo confesar que no sabía como lo tomarías, claro que me encantaría tomar un café contigo, yo también tengo mil cosas que contarte.

Si gustas, te espero mañana a las ocho en el viejo café que está frente a la plaza.

Un beso.

Mariana.

Interminables se le hacían las horas a Juan, el día pasó muy lento para él y quince minutos antes de las ocho llegó al café, se sentó en un mesa junto a la ventana que daba vista a la calle, con una seña pidió al mozo que se acercara y ordenó un café mientras esperaba a Mariana.

El reloj dio las ocho, ya era la hora

pactada, Juan observaba impaciente por la ventana la gente que iba y venía por doquier, intentando adivinar en los rostros de los transeúntes el rostro de Mariana. El reloj ya marcaba las ocho treinta y no se detenía, Juan comenzaba a dudar, pero se decía a sí mismo que pronto llegaría su cita. Otra ojeada al reloj, ya marcaba las ocho cincuenta, Juan resignado pide otro café y piensa en lo que podría haber sucedido para que aún no llegara. Daba sorbos lentos, como tratando de dilatar el tiempo para que este no pasara tan rápido, sacó su libreta, hizo algunos apuntes para el trabajo y nuevamente observó el reloj, pasaban quince minutos de las nueve, ya era un echo, no vendría, resignado, guarda las cosas en su portafolio, con pereza pide al mozo la cuenta, paga, agradece y se marcha del café, pensativo, distante, lento, observando a su alrededor, haciéndose mil preguntas, sintiéndose un tonto.

Giancarlo Sasso Fernández

Montevideo - Uruguay

El extraño

En una ciudad pequeña cuyo nombre ya no consigo recordar, hace muchos años atrás, tantos que me falla la memoria intentando calcularlos, ocurrió la historia que hoy les voy a contar.-

Rodeada por un gran bosque de pinos, tan inmenso que me parecía eterno, se encontraba una pequeña casa muy humilde, allí vivíamos con mis padres y mis dos hermanos Javier y Leonardo; mi padre un leñador de tradición familiar era un hombre muy callado y reservado, creó que pasar el día entero en ese bosque lo hacía como era; mi madre una mujer brillante y llena de

ternura siempre tenía la palabra justa para cada situación y era quien mediaba en cada oportunidad que, como todo niño, peleaba con mis hermanos. La vida no era nada esplendorosa en mi casa, no éramos una familia adinerada ni de clase media siquiera pero lo que mi padre traía a la mesa con su trabajo nos enseñaba lo valioso del esfuerzo honesto.-

Una tarde mientras jugaba junto a mis hermanos en el frente de la casa vimos desde lejos venir por el sendero que daba al norte un hombre, presurosos corrimos a avisarle a mamá, ella salió a su encuentro en la entrada de nuestra propiedad y luego de unos minutos regresó a la casa con aquel extraño, un hombre flaco de unos cuarenta y tantos años que por su aspecto parecía haber caminado por ese bosque desde hacia días. Mi padre ya estaba por regresar a la casa y mi madre gentilmente invitó a aquel extraño

a pasar y descansar un poco sus pies tomando asiento en el banco que teníamos en la entrada, nosotros mirábamos desconfiados de aquel extraño y no entendíamos muy bien por qué mi madre lo dejaría entrar. Mi padre, quien vio con recelo la presencia de aquel forastero en su casa, lo miró sin mediar palabra, mi madre se le acercó y le dijo algo en voz baja, entonces mi padre con su habitual silencio asintió con la cabeza y entró a la casa, nosotros lo hicimos tras él y tras nuestro lo hizo aquel extraño hombre.-

Ya era la hora de la cena cuando todo eso y en un gesto que jamás había visto en mi padre, invitó al viajero a tomar asiento con nosotros y compartir la cena, jamás olvidaré ese momento ya que mi padre no actuaba así ni sus palabras tampoco

-Ven, siéntate con nosotros y comparte la gracia que Dios nos da hoy – dijo mi padre pobre y no esperábamos visitas a cenar, pero

mis padres igual compartieron lo poco con aquel extraño. Luego de la cena mi padre le ofreció al viajero un antiguo catre que teníamos para que pasara la noche, pero el se rehusó, diciendo que debía continuar su viaje pero no sin dejar sobre nuestro hogar su bendición, ya que le dieron descanso, refugio y comida a un viajero cansado y eterno, en ese momento no entendí con claridad sus palabras, simplemente levantó la cabeza, agradeció a Dios por nuestra benevolencia y se marchó.-

Luego de esa extraña situación nuestra vida comenzó a cambiar, prosperábamos económicamente y vivíamos mucho mejor no faltaba jamás el pan en nuestra mesa y mis padres tuvieron dos hijos más a los que llamaron Miguel y Rafael.-

Aún hoy no consigo comprender muy bien que pasó aquella noche en mi casa ni

quien era aquel extraño viajero que llegó por el camino del norte, ni que palabras le dijo en el portal a mi madre para que lo dejara entrar, pero yo creo, más bien estoy convencido de que aquella noche dimos descanso y cobijo a un ángel de Dios.-

Liliana Savoia

Rosario (Santa Fe) – Argentina

Doscientos trece días

Han pasado siete meses. Doscientos trece días alargados por la pérdida. Tenía que hacerlo, se lo había prometido a Inés.

«Escuchá Alejandro, apenas termine lo tu madre deberemos alquilar el cuarto. No, no me mires con esa cara, tenemos que hacerlo, con ello podremos afrontar el gasto de la escuela de Marquitos. Vos sabés lo que nos está costando mantener el colegio nuevo y él se lo merece».

«Además Olga siempre estuvo dispuesta a ayudarnos, así que esta sería una manera de honrar su memoria».

Debía vaciar el cuarto más iluminado de la casa. Su cuarto. A mamá le gustaba sentarse al lado de la ventana para tejer.

Era imposible postergarlo, Inés es de esas personas que no claudican en sus caprichos. Las últimas semanas no había hecho otra cosa que hablar sobre el tema.

¿Qué haré con sus cosas? Ya me dijo Inés que ella no quiere nada.

«Hay que deshacerse de las cosas viejas que recuerdan más a la muerte que a la vida».

Mis manos acarician el acolchado de crochet. Me acuesto del otro lado de la cama esperando que me lea el último cuento que trajo la tía Susana. La niñez se me instala en la memoria y en los ojos.

La idea de tener que desprenderme de todas sus pertenencias me destroza.

« Alejandro, ni se te ocurra andar por ahí regalando todo. Primero se pone a la venta,

después veremos, yo tengo una prima que se casa a fin de año y a lo mejor necesita algo».

En las cajas que conseguí en el supermercado voy poniendo sus cosas. Separo algunas que voy a esconder en el cuartito del fondo. Allí Inés casi no entra desde que vio la rata.

Una vida guardada en cartones de galletitas y vinos.

Se desparraman en el piso las pocas cartas que le envié desde Malvinas, todas envueltas en una cinta roja con la estampita de San Expedito en el frente. Y la voz de Inés, que me taladra la cabeza:

«No guardés porquerías, tira todo lo que no sirva».

Inés, siempre Inés pisándome los talones.

«Apúrate que el sábado va venir el muchacho que recomendó mi tía. Es de

buena familia, está estudiando y aquí le resultará cómodo, le queda cerca de la Facultad de Medicina. ¿Y quién te dice, a lo mejor le puedo hasta le cobrar para cocinarle? Vos no hables. Dejame a mí que yo me arreglo. No te metas. Siempre lo hechas todo a perder. Solo yo sé los malabares que hago para llegar a fin de mes»

Ya casi está todo ordenado, vaciado el armario, la cómoda, los estantes, el ropero.

«Alejandro no te olvides de revisar ese cajón con olor a humedad que está a los pies de la cama. A lo mejor allí hay algo de valor. Cuidado no vas a tirar justamente lo único que sirva». Inés. Inés. Inés.

Abro el baúl que el abuelo trajo de Italia, me siento inseguro, furtivo. Mamá nunca me dejaba abrirlo, decía que «había cosas de grandes.» Me había obsesionado durante mi infancia en saber que guardaban, pero con

el tiempo fui perdiendo el interés en saber que ocultaban allí, mi madre no volvió a tocar el tema.

Un sobre de papel marrón con los bordes desdentados, en cuyo frente se lee: Juzgado de Familia, me llama la atención.

Mis dedos hurgan en las comisuras del papel: El sobre estaba vacío.

Revolví más y más, pero solo encontré fotografías antiguas.

Al apretar un ángulo del piso del baúl noté que la diagonal se movía dejando levantado el ángulo opuesto.

¿Qué habría allí? Tal vez aquello que con tanto empeño ocultaba «los grandes». No pude más con mi angustia y mi deseo de saber. Un desagradable cosquilleo recorrió mi espalda y un puño pareció golpearme el estómago.

Casi con desesperación saqué todos los objetos del baúl y levanté la madera del fondo, allí una carpeta anillada me deslumbro con su vejez.

Extraje varios papeles amarillentos y al leerlos caí de rodillas frente al espejo de la cómoda:

«A los veinte días del mes de Julio de 1963 comparecen ante este Juzgado Doña Olga Méndez y Don Augusto Contreras, casados, ambos cónyuges pasan a ser los padres adoptivos de Alejandro Pintos, en adelante Alejandro Contreras»...

No sé cuánto tiempo pasó. Un negro vacío se apoderó del cuarto y mil voces se instalaron en mi cabeza.

El grito de Inés me despertó del trance en que me encontraba para pedirme que le hiciera un café. El espejo me devolvió un rostro ojeroso y muy avejentado.

Caminé a su encuentro, pensando en Marquitos. En mí. En Inés. En mi recurrente sometimiento a sus caprichos. En todo aquello que me ocultaron mis padres. Yo no haría mismo. No me dejaría convencer por Inés y que se saliera con la suya.

Con una decisión que ni yo ni ella comprendió la encaré y le dije:

-Tenemos que hablar seriamente en cómo decirle a Marquitos la verdad.

Liliana Savoia

Rosario (Santa Fe) - Argentina

Las líneas del acolchado

Estaba parada. Sí, no había dudas. Las piernas erguidas aunque algo acalambradas. El torso tieso venciendo al dolor que se había instalado hacía unos días en el lado derecho a la altura del omóplato. No le importó. Había calmantes para ello y la faja. Giró la cabeza hacia el sillón y la vio, negra, de bordes rojos. Sin tocarla sintió la textura de la tela elastizada. Se la pondría cuando fuera el momento. Tal vez en unos minutos o algunas horas.

Dudó un instante, estaba aún algo adormilada. Se había despertado varias veces en la noche y vuelto a dormir con dificultad.

La cabeza no le dolía pero la sentía embotada. Miró hacia arriba, la luz estaba prendida.

Debía comenzar el día como todos los días. Con lentitud no provocada se sacó el camisón celeste de algodón. ¿A quién había pertenecido antes? No lo sabía y no le importó. Le servía y eso era lo importante. Lo deslizó por la cabeza como una segunda piel que no se quiere despegar. Sintió un leve escalofrío al quedarse solo con su ropa interior. Con un ademán repetitivo lo colocó sobre la baranda de la escalera.

La ropa del día anterior estaba colgada sobre el sillón. Tomó el pantalón negro, se sentó al borde de la cama para poner una pierna y luego la otra. Listo. La remera rayada entró sin casi darse cuenta por su cabeza.

Tenía los minutos contados para cepillarse los dientes, después se peinaría. Al fin de cuentas a quien le importaban esos

pocos cabellos desprolijos por un corte mal hecho. Ya no más atarse la colita y sentir el peso de sus cabellos sobre el cuello y la parte de arriba de la espalda.

Tomó la punta de las sábanas y sus dedos igualaron la garganta que se cerró en puño. Nada es lo que parecía ser. Solo estaba segura que era de mañana y el reloj marcaba las seis, porque así eran todos los días de cada semana y cada mes.

Alisó con la palma el cubrecama siguiendo las rayas trazadas en el dibujo del estampado. Recorrió una de las líneas como si caminara por ella. Hacía tanto que no caminaba en línea recta hacia algún lado, sin importar dónde.

Y la línea ahí, invitándola a seguirla. Larga, perfecta. No se parecía nada a ella, tan llena de defectos y enfermedades. Nada es lo que parecía ser. Solo estaba segura que

pronto, muy pronto comenzaría el día. Largo, muy largo y ella caminando por la línea pretendiendo ir a alguna parte.

Había ganado mucho peso producto de su ansiedad que solo calmaban los dulces, ¿pero a quién le interesaba? Si la línea no la llevaría más que a la cocina y así fue, como debería ser. Sus manos en forma automática tomaron la cajita roja con los tres patitos y sacó de ella un fosforo, lo frotó con la misma de energía de ayer o la de anteayer y prendió la hornalla que se tornó un círculo ardiente y azulado. Puso la pava sobre ella. Unos mates amargos le vendrían muy bien.

Todo progresaba como de costumbre. Dio dos pasos hacia la derecha, y sus ojos se clavaron en el horno eléctrico. Sin dudar extendió su mano y en forma mecánica puso la perilla en dos. Era el punto ideal para dorar las tostadas.

Se llevó la mano hacia la cabeza y sus dedos peinaron los pocos y cortos cabellos en forma desprolija. Pensó en su pelo, aquel pelo que una vez había tenido. Largo, ondulado, que le enmarcaba el rostro ovalado. No quiso mirarse al espejo de la repisa, como ayer, como la semana pasada, como hacía mucho tiempo. En cambio tomó el cuchillo y como un inexperto carnicero rebanó el pan para colocar las irregulares tajadas sobre la rejilla del horno. Cerró la puertecita y miró a través del vidrio algo manchado por la grasa y el tiempo.

Sus ojos se clavaron en otras líneas, las líneas de la rejilla. Paralelas, perfectas, listas para llevar a cualquiera en forma directa a cualquier parte menos a ella. ¿Por qué dónde iría? No había lugar para su desaliento. Aunque quería irse, huir a cualquier parte, porque además era una molestia para todos. Siempre hablando de cosas que a nadie le

interesaba. Por eso había decidido solo hablar cuando fuese necesario. Así las cosas se habían calmado algo, aunque no mucho, porque a veces hablaba y las molestias aparecían en los gestos de los otros.

Las tostadas estaban doradas, el café listo, la manteca esperaba amarillenta y preparada para ser untada.

El día empezaba. Lo sabía. No por el horario, ni por la mesa servida del desayuno sino por los gritos. Sí los gritos anunciaban el día y también algunos llantos, No el de ella. Ella había prometido no llorar más. No porque no tuviera más lágrimas sino porque se lo había prometido a sí misma. Porque no tenía sentido llorar más y sobre todo porque molestaba a los demás.

El día empezaba e iba a ser tan largo, larguísimo. Sí sería larguísimo esperar doce horas para volver a la cama y cubrirse con el

acolchado a rayas, y, tal vez, con la ayuda de los arcángeles las líneas la llevarían a algún lugar que la hiciera soñar que mañana todo fuera diferente.

Liliana Savoia

Rosario (Santa Fe) – Argentina

El último de los campeones

Una vez más, sentado en este bar, en donde tantas veces creí redescubrirme alrededor de una copa, aprendiendo que el tiempo es tan relativo como lo es la manera que desprende el vaso destilando alcohol. Que existe una forma para acelerar y otra para lentificar las vueltas cíclicas, a la nada del tiempo, sin dejar relucir todo aquello que significa estar vivo:

<< *¿Estoy vivo?* >>

Pienso una y otra vez en lo que era antes, en lo que fui y en lo que he dejado atrás; pienso como apuro la copa y el bar me hace sentir el hombre más tranquilo y mejor

dispuesto del mundo,

Esta es la séptima copa, ¿quizá? Me parece en extremo divertido el no estar seguro ni siquiera de esto. Sentirme perdido y adormecido. Tanto como en la última pelea en que perdí el título por K.O.

No recuerdo a qué hora llegué al boliche, sólo que estoy aquí sin saber cuánto he tomado. El mozo me mira, ¡tal vez me reconozca!

Se acerca, le pido otro trago dando un golpe seco con la mano izquierda mientras sostengo con la derecha la copa para indicarle, que ya no tengo ningún líquido. Insisto, me paro, lo increpo y se empieza a molestar. La bronca se va escapando hacia mi puño derecho, aquel que tantas veces me hizo ganar, ahora se estrella contra su mentón.

Me confundo con el mozo. Siento que estoy dentro de su cabeza, doblando a la

derecha de su conciencia y un poco más abajo. Quiero gritar. Gritarle que soy el <<*Martillo Andrés*>>, el último campeón de peso gallo que tuvo el país.

Celeste Teotino

Ituzaingó (Buenos Aires) – Argentina

Antítesis

En los naufragios de mis sueños, el agua es oscura, fría, pero no insípida; su sabor es amargo y su profundidad es grande como mil océanos. El viento ya no es invisible. El sol ya no brilla como antes. Las nubes son rígidas, grandes y están cerca. La luna, ya no gira sobre la tierra, sino sigue su órbita libre y pocas veces se ve en la noche.

En mis sueños solo veo el reflejo de la antítesis del mundo.

Celeste Teotino

Ituzaingó (Buenos Aires) – Argentina

En llamas

Era de noche, un poco antes de las once. Cuando me senté a tomar algo en el living de mi casa, cerca de la chimenea, escuché un ruido y me pareció que había sido el gato, que quizá jugaba en la cocina. Fui a ver y no había nadie.

Recorrí toda la casa, pero no lo encontré y tampoco pude saber que había sido ese ruido.

Mas tarde, me dirigí hacia el dormitorio para saber si veía a mi gato, pero no lo pude encontrar. Luego de un rato, volví al living y vi que mi sillón se quemaba con las llamas de la chimenea. Me acerqué con una manta

para apagar el fuego, pero la inextinguible lumbre, no se rindió ante la lucha. Y su extensión por la casa fue inevitable.

Había sombras en llamas bajo mis párpados.

Ediciones

Mis Escritos

Desde Junio de 2001
junto al escritor contemporáneo

editorial@misescritos.com.ar

www.misescritos.com.ar